
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
·LIBRARIES·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817



ALBERTO GHIRALDO

PELELE 1905



B AIRES 1905

Alberto Ghiraldo

La tiranía del frac...

(Crónica de un preso)

BUENOS AIRES

BIBLIOTECA POPULAR DE "MARTIN FIERRO"

1905

Buenos Aires, Febrero 4 de 1905.

Habiéndose producido en el día de hoy un movimiento subversivo en diversos puntos de la república, y siendo necesario reprimirlo con la mayor celeridad y energía, en ejercicio de la facultad que la constitución concede al poder ejecutivo en sus artículos 23 y 86, inciso 19.

El presidente de la República en acuerdo general de ministros.

DECRETA

Artículo 1o.—Declárase el estado de sitio en todo el territorio de la Nación por el término de treinta días.

Art. 2o.—Movilízanse las reservas del ejército de línea en toda la República.

Art. 3o.—Encárgase al ministro de la guerra su organización.

Art. 4o.—Comuníquese, etc.

Manuel Quintana, — Rafael Castillo, J. V. González, J. A. Terry, C. Rodríguez Larreta, Enrique Godoy, A. F. Orma, Juan A. Martín.

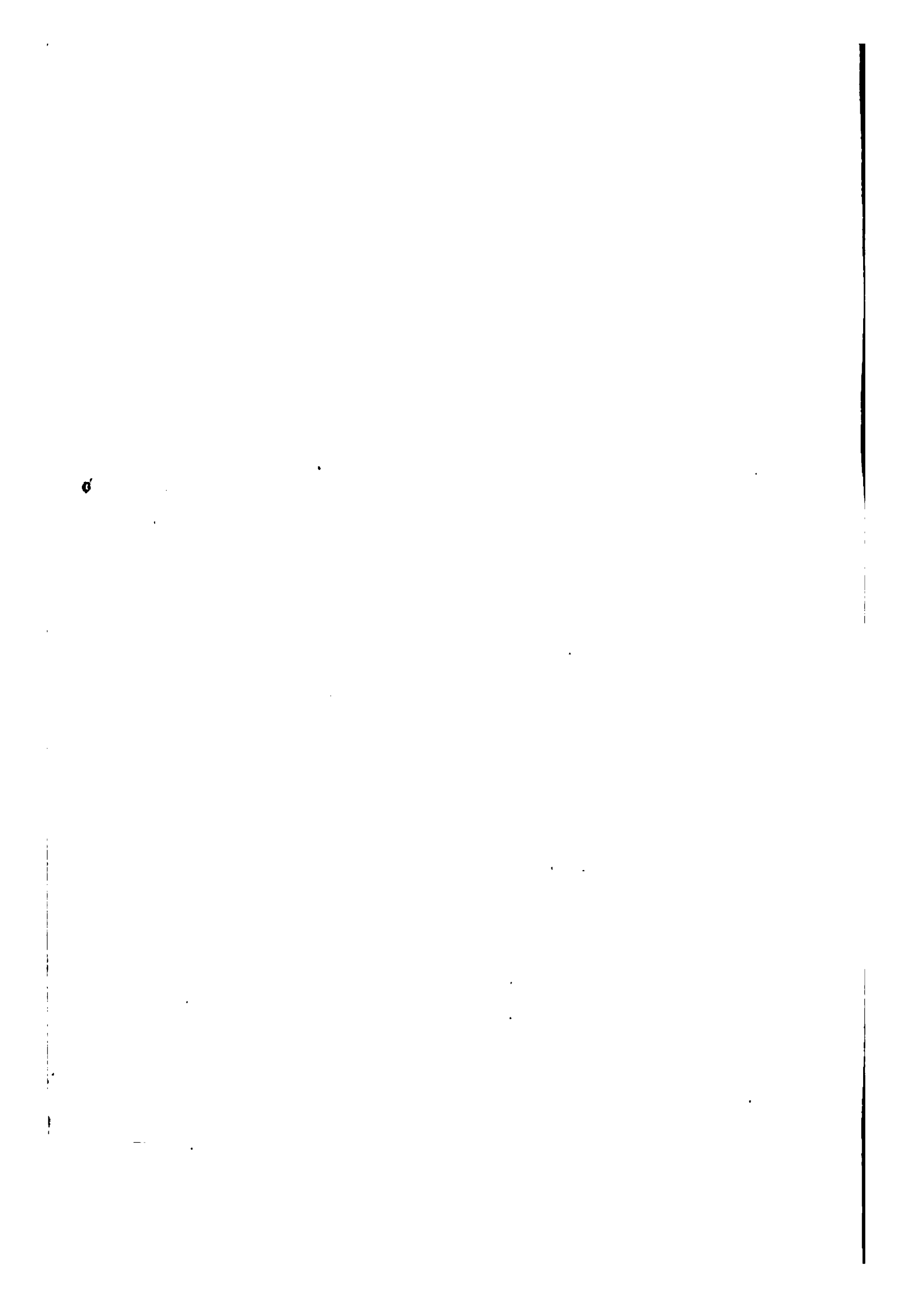
Buenos Aires, Febrero 4 de 1905.

Al señor director de LA PROTESTA

Habiendo decretado el P. E. el estado de sitio por treinta días para todo el territorio de la nación, de acuerdo con instrucciones recibidas, queda prohibido al diario que usted dirige dar noticias ó publicar comentarios que se relacionen con los sucesos políticos de actualidad.

Saluda á usted.

Rosendo Fraga—Jefe de Policía.



I

BAJO EL ESTADO DE SITIO — CABEZA DE PROCESO

Boletín de La Protesta, Febrero 7 de 1905.

¿Estamos en estado de sitio? Sí. Estado de sitio quiere decir, entre nosotros, estado de barbarie. Barbarie *radical* por un lado, manifestada en el levantamiento sin ideal y sin bandera, con un solo fin: el de arrebatar el mendrugo político al adversario, más bien dicho al rival que lo usufructúa sin tasa, para someterlo, á su tiempo, en provecho propio, único, personal;—barbarie *gubernativa* en frente, de parte de la autoridad bellaca, que aprovecha el momento, sin un sólo átomo de vergüenza, para afirmar su predominio sobre el pastel en peligro de ser devorado por man-

díbulas ajenas. Esta es la verdad íntegra, dicha sin cortapisas y sin miedos, en estos momentos en que tiemblan todas las lenguas de los voceros del pueblo.

¿Qué quienes somos nosotros para decirla? Pues, los que no nos hemos sometido nunca á las tiranías de los de arriba, ni á las imposiciones, que también existen, de los que luchan de abajo.

La sangre nos hierve de indignación, pero, como otras veces, esta no llega á perturbarnos el cerebro. Y con la serenidad que nos presta nuestra propia energía, á despecho de las iras y de las venganzas á que nos exponemos, resuelto hemos adoptar la actitud que nos cuadra en el instante aciago porque atraviesa este país.

Un diario altivo, un diario de verdad, donde la hombría del escritor jamás fuera desmentida, *La Protesta*, ha tenido en el momento del peligro la osadía de no hacerse cómplice de un gobierno que, por boca de la prensa argentina y extranjera, ha pretendido engañar al público, mistificando noticias, dando informaciones falsas, para extraviar el criterio en favor de los que mandan y lanzar á la masa en corrientes de odio y exterminio contra los levantados en armas.

¿Qué se desea? Lo de siempre. Imponerse por la fuerza; que para ello se disponen de sables y fusiles contra el pensamiento y la palabra.

Y, una vez más, el sometimiento ha sido general: el valor de nuestros publicistas parece

que estuviera radicado en los bolsillos. ¡Oh, el valor de nuestros publicistas!...

¡Hoy son ellos los héroes del centavo!

—¿Que se les cerrará la imprenta si se atreven á reflejar siquiera los acontecimientos?

—Pues; no faltaba más!... ¿Qué desean Vdes. señoras autoridades? ¿Que el diario mienta? Pues: á sus órdenes; no hay más que hablar... ¡Pero las puertas!... ¡Oh, por favor! que no se cierren!...

Y entonces aparecen las ediciones de los grandes rotativos, los mismos que hasta ayer condenaron al gobierno actual, dando, como propias las informaciones interesadas, dictadas por los paniaguados.

Así hemos tenido durante tres días á toda la población de la república sometida al capricho del reporterismo oficial exteriorizado en las columnas de toda nuestra gran prensa; —¡oh, qué orgullo poderla llamar nuestra!

Pero no se contaba con lo que debió contarse. Con la voz de un diario valiente que no se sometía al *úkase*. Y así fué. Hoy la población de la Argentina sabe, debido á *La Protesta*, la verdad de lo acontecido. No hemos mentido, no hemos querido mentir y entonces se quiere cerrar nuestros labios, imponernos el silencio de los cómplices. No se hará tal. La imprenta de nuestro diario ha sido cerrada ayer por medio de la violencia, valiéndose la autoridad de la fuerza brutal á su servicio.

Hoy,—hemos de hacerlo mientras tengamos á mano un medio material,—lanzamos este

boletín-manifiesto con el objetivo de volver á poner sobre aviso al pueblo, puesto que se persiste en el engaño y en la farsa.

Sepa, pues, el pueblo de la Argentina, que la llamada revolución radical no ha sido sofocada; que, por el contrario, ésta adquiere consistencia, que el movimimiento continúa en Córdoba, Mendoza y sur oeste de Buenos Aires amenazando extenderse á otras provincias; que el número de víctimas, la terrible tabla de sangre, asume ya proporciones serias, no siendo menor de doscientas el número de bajas sufridas en los últimos choques, y que el gobierno de Quintana no las tiene todas consigo á estas horas, como se dice vulgarmente, tanto que los desmanes se suceden á los desmanes, provocándose irritantemente no sólo al elemento político considerado inmiscuido en el levantamiento que nos ocupa, sinó al pueblo productor, al laborante nativo y extranjero insumiso al capricho y á la insolencia de los mandones, contra el cual se han desatado las violencias policiales en una forma digna del tiempo de los caciques gauchos.

Y es que la levadura del cacique gaucho, degenerado en compadre aristocratico, existe debajo del frac presidencial, del figurín encaramado hoy en el sillón republicano, cuyas patas comienzan también á torcerse al empuje de golpes purificadores, nuncios de épocas nuevas cuya concepción no está por cierto en las mentes de los genitores de asonadas y motines más ó menos *radicales*...

Para probar este aserto vamos á incluir en

esta publicación la carta que, destinada á *La Protesta*, hemos recibido desde Montevideo.

«Compañeros de *La Protesta*:

Con estas líneas, vengo á sumar un nuevo atropello de los más brutales á que la policía nos tiene acostumbrados de un tiempo á esta parte, á los cuales será necesario poner coto en forma que no puedan repetirse.

El pasado viernes, al medio día, fuí arrestado al salir del trabajo por varios policías quienes me invitaron á concurrir al Departamento para una *pequeña averiguación*.

Llegado que fuí allí se me averiguó todo lo averiguable, comunicándoseme luego que iba á ser deportado á España con arreglo á no se que decreto del P. E. Protesté de tal resolución declarando ser ciudadano argentino, declaración que causó gran descontento entre los histriones que me rodeaban. Acto seguido se me exigió una autorización para que la policía pudiera recoger en mi domicilio mi carta de ciudadanía é inmediatamente se me incomunicó con toda rigurosidad en una lúgubre mazmorra.

Presintiendo miserables venganzas de estúpidos tinterillos, pedí con insistencia hacerme oír por alguien que en aquella casa representara algo, pero inútilmente. Pedí que se me permitiera comunicar con mi familia y obtuve el mismo resultado.

En esa casa parece que se teme á la voz de las víctimas, tan grandes deben ser las injusticias que con ellas se cometen.

Sumido, pues, en la duda de lo que se iba

á hacer conmigo, pero firmemente convencido de que se cometía una enorme injusticia, pa á más de 40 horas en la susodicha mazmorra hasta que el sábado á las 5 de la tarde fuí conducido sigilosamente á la prefectura marítima y de allí á uno de los vapores que hacen la carrera á Montevideo. Esta es la forma inquisitorial, compañeros, en que ha sido deportado no un *extranjero peligroso*, sino un ciudadano argentino á quien las leyes del país autorizan para profesar y propagar las ideas que crea mejores—*Gregorio Inglan Lafarga.*

Febrero 5 de 1905.

—

Hago presente al mismo tiempo y ruego á los compañeros se interesen por este asunto. Dejo ahí abandonados á su suerte los queridos miembros de mi familia, todos impotentes para ganarse el sustento: mi compañera enferma, mi hermano ciego, mi madre anciana y dos hijitos de 1 á 3 años.

Si los compañeros creen oportuno iniciar una pequeña suscripción en el periódico, lo agradeceré de veras.

Sería acto de verdadera solidaridad—*G. I. L.*»

*
* *

No es esta, pues, la acción del soldadote brutal. Ya no manda Roca...

¿Y este hombre, este mandatario actual que así atropella con todos los derechos es quien se proclama defensor celoso de la constitución y las leyes que juró respetar?

¿El allanamiento de locales, el atentado individual, el complot sistemático contra el obrero independiente, la mordaza periodística son acaso cláusulas constitucionales?

Por lo demás, miradlo: No tiene sino el rasgo de la imposición cuando maneja en su mano la empuñadura del sable inquisitorial. El adversario político y el adversario de clase le merecen idéntica consideración. ¡El no perdonará á ninguno de los levantados contra el poder constituído! ¡Será inflexible y se cumplirán todos los destinos!... ¡Ay de los que violen los códigos! Para él, no constituye violación autorizar el acto vandálico, cobarde y anti-humano de la detención inmediata de productores, cuyo único delito, tal vez, haya existido en no tener suficientes energías para repeler como se merecía la villanía inconsulta.

El *representante genuino*, el *exponente de esta aristocracia porteña*, el *hombre culto*, el *distinguido*, ha demostrado una vez más serlo solo en caricatura. ¡Su distinción, su cultura, su aristocracia, en fin, solo está en el lustre de los charoles que no son suyos, y en la seda de la corbata que es lástima no ajuste á su cuello como debiera la brava mano que la forjara!



II

EXPONENTES DE CULTURA...

Sin duda para demostrar lo contrario de lo afirmado, es decir la cultura de este gobierno, el P. E. decretó mi prisión á raíz de la aparición del Boletín de *La Protesta* encabezado con las anteriores páginas.

Hé aquí la escena:

9 de la mañana: Tres empleados de la Comisaría de Investigaciones asaltan mi casa particular donde están instaladas las oficinas de la revista *Martín Fierro*. Al trasponer la escalera empujan la primera puerta con que tropiezan. Alguien, de adentro, da un grito de asombro ante el malón.

—¡Qué quieren Vds.!—Es mi hermana la que habla.

—¡Somos la autoridad! Venimos en busca del director de *Martín Fierro*...
—¡Atrás canallas! — Y corre á cerrar las puertas.
Entonces los cultos polizontes desnudan sus revólvers ante la mujer.

. . . .

Una hora después estábamos en el Departamento de Policía.
Se me llama á declarar.
—¿Qué puesto ocupa Vd. en *La Protesta?*
—El de director.
—¿Qué color político tiene su diario?
—El que reflejan sus páginas.
—¿Qué puesto ocupa en el mismo Fulano de Tal?
—Escriba Vd. que me niego á suministrar dato alguno sobre otra persona que no sea la mía.
—¿De modo que interrumpe Vd. el interrogatorio?
—Así sea...
—¿Terminantemente?
—Sí, hombre; está dicho. (Al rato, insistiendo).
—¿Quiere Vd. decirme qué vinculación le une con tal persona? (Aquí el nombre de un conocido caudillo radical).
—No quiero.
El empleado va á consultar el *caso* con sus superiores.
Vuelve. Después, dirigiéndose á los guardias:
—Este preso al número 4.
Y marchamos.

El número 4 es un calabozo de ocho pasos de largo por seis de ancho, calabozo que no se barre desde que un tal Rossi se encuentra á cargo de la celebérrima comisaría. Y esto data de fecha añeja

Allí permanezco hasta las 4 1|2 de la tarde, hora en que un empleado se acerca para decirme que debo pasar á la *dactilografía*.

—¡Qué!...

—Es la órden que tengo.

—Pues yo desacato esa orden.

—¡Imposible, señor!

—¡Ya verá Vd. si es imposible!...

—Una hora más tarde el empleado regresaba para preguntarme si por fin me sometía al procedimiento de la casa...

—¿Quién lo envía á Vd. con tales mensajes?

—El comisario Rossi.

—¡Dígale Vd. al comisario Rossi, en mi nombre, esto. Y, sibilante, partió de mis labios el insulto terrible.

A la seis de la mañana del día siguiente, sin qué se me levantara por un minuto la incomunicación, fuí trasladado en un coche, por empleados de la misma comisaría, á bordo del ariete *Maipú*. La *cultura* de las autoridades argentinas quedaba acabadamente demostrada.

Pero todavía estas son flores. ¡Aunque no lo parezcan!...

*
* *

Llegamos á la Dársena. A mí me acompaña un oficial de investigaciones. Unico preso que

va solo y en coche. Me repugna la distinción. Al descender desfilamos frente á una hilera de carritos policiales llenos de detenidos. Yo no los veo, ellos sí.

—¡Salud, Ghiraldo!

Me hablan por entre las rendijas de las persianas de un centímetro de luz. La voz es fuerte y altiva. ¡Ah, estos presos no tienen temores de que se les escuche ó se les vea! Todos son hermanos de causa.

—¡Salud, compañeros! ¡Ya nos veremos las caras! ¡Hasta luego! Y marchamos hacia el *Maipú* escoltados por los guardias.

Antes de subir al barco se procede á un registro personal tan estúpido como humillante para quienes lo realizan. ¡Son soldados del ejército argentino, el mismo que antaño, al decir de muchos, se cubriera de gloria en los campos donde se luchara por la independencia americana!... Hoy no son ni siquiera soldados; son esbirros al servicio incondicional de un gobierno tan arbitrario como inepto. Yo llevo en mi chaleco un papel lleno de apuntes: nombres, fechas y hechos recientes. Tengo interés en conservarlo y para ello lo he puesto en el fondo de un bolsillo. Hasta ese momento he conseguido evitar el urgamiento. Pero de pronto siento que unos dedos largos se introducen allí. Ya dan con la carilla. Van á sacarla. Entonces, con un movimiento rudo, separo al hombre, saco el papel y antes de que el soldadote que manda el pelotón de brutos pueda llegar hasta mí, lo he rasgado.

—¡Qué está rompiendo!

—¡Qué le importa!
—¡Deténgalo!
—Ya es tarde. ¡Pun!
No ha sido un tiro. Es el papel de apuntes arrojado por mí, en cien pedazos, sobre las azoradas narices del soldadote.

*
* *

Un grupo de pueblo ha pretendido llegar hasta nosotros pero se le ha impedido. La fuerza armada está allí como un cordón infranqueable.
El registro personal ha concluído. Yo estoy aislado todavía del grupo de los míos. He llegado solo y solo permanezco con un centinela. Claro está que nos hemos mirado y que nos lo hemos ya dicho todo.
Media hora después el *Maipú* desataba amarras.
Por los ojos de buey de su sollado de proa, manos de prisioneros se agitaban enviando su saludo de hombres libres!...

*
* *

—¡Donde diablo nos llevarán estos crápulas!
—Al *Santa Cruz*.
—Vamos á la rada.
—Yo estoy seguro que vamos con rumbo á *Martín García*.

—¡Qué dice Vd.! ¿Y qué hay en *Martín García?*

—¡Peste bubónica!

—No juegue con esas cosas ché; mire que son muy serias... Vamos al presidio donde hay presos que hacen ladrillos...

—Esa es bolada pora mí. Aprenderé el oficio. No hay porqué afligirse.

—Ché! Vd. tiene cara de triste! ¡No embrome! No ve que esto es por jugar...

—Sí, como el ratón con el gato.

—¡Ya veremos quién es el gato aquí! Por ahora ellos se divierten. Pero tiempo al tiempo. Yo les juro que...

—No vas á jurar en vano. Calláte y cuando estemos en tierra hacélo.

—¿El que?

—Eso que ibas á decir...

—Pero si no iba á decir nada.

—Mejor, entonces decí algo.

—Bueno, empezaré por el principio...

Y un grupo rodeó al compañero.

*
* *

Pues bien. Lo que voy á contar es una de las páginas más brillantes y recientes de la marina argentina. Erase, pues, un barco como éste, más pequeño aún pero de tipo moderno.

Trece años ha, un buen día, bueno es un decir, se entiende, partió rumbo á Europa, formando parte de una división de escuadra

que iba á representar al país en no se que fandango internacional.

*
* *

Pues bien, una tormenta sorprende al barco en alta mar. Era de noche. La tripulación dormía en un sollado idéntico á este. (Uno del grupo mira á su alrededor y abre muy grandes los ojos grises). El casco del barco cruje; se le abre un rumbo y el peligro de naufragio se presenta inminente. (El de los ojos grises mira hacia la salida á cubierta. Dos centinelas, armados á mauser, están allí como fantasmas sombríos).

—¡Diablo con el cuento! exclama.

—No es cuento, que es historia y bien fresca.

—¡La sabemos todos amigo! ¿para qué la cuenta? interrumpe un tercero. La historia de *La Rosales*...

Por un momento todos se han puestos tristes, ya que la idea de morir como aquellos pobres marineros, encerrados en el momento supremo en el sollado de proa por los valientes oficiales que los mandaban, ha cruzado por todas las imaginaciones. ¡Es tan fácil! No hay sino una salida ¡y esta es tan pequeña! Un agujero mísero que se tapa con un plomo. *La Rosales*, *La Maipú*...

—¡Muchachos! Una proposición.

—¡No amolar más con cosas tristes!

—Se trata de un bautismo.

—¡Zapateta! ¿Y qué es eso?

—(Después de un momento de reflexión y recalcando las sílabas) *Mai... piú...* ¿Qué tal?

Y una carcajada selló el *bautismo* y un manteo formidable las espaldas del sacerdote...

*
* *

—Kilómetro 19. Ya estamos en la rada.

—No hombre, falta todavía.

—Allí está el *Brown*. Y al costado el *Santa Cruz*. Vamos con ese rumbo.

—¿Vos crees?

—Seguro.

—Pero hombre, ¿cómo te imaginás que iban á ocupar todo un barco de guerra para trasportarnos simplemente?

—¡Somos presas especiales! ¡Qué te has creído!... y nos hacen todos los honores... Los que nos merecemos...

A todo esto la marcha del *Maipú* no ha disminuido y hemos dejado atrás al *Brown* y al *Santa Cruz*.

Por un momento hemos perdido la esperanza de quedar en la rada como los presos políticos. El *piloto* que llevamos, nos indica que tampoco vamos en dirección á *Martín García*. Nos encaminamos más bien á *Punta Piedras*.

—Eso está fuera de toda duda: para alguna *punta* vamos...

—¡Ahí para la máquina!

—¡A ver! ¡Silencio muchachos!

La incertidumbre valía la pena de experimentarla. Era emocionante. Al fin se trataba de un grupo de casi cincuenta hombres, obreros todos arrancados, en su mayor parte, de los talleres y secuestrados, en absoluto, desde el primer momento por una policía criminal que no les había permitido ni aún la visita de los hijos, de los hermanos, de las mujeres, ni de los padres, antes de embarcarlos sin manifestarles destino.

Al escribir estas notas lo hacemos más bien con cierto espíritu retozón, pero deseamos hacer carne en nuestros lectores la idea del acto brutal, no tanto aún para los mismos presos como para las afligidas familias, que después de una desesperante peregrinación de encierro en encierro no tenían ni siquiera una remota presunción de lo que se tramaba contra sus deudos.

Sobre esto hay que insistir sin descanso y así hemos de hacerlo hasta dar en tierra con el poder hoy formidable, inhumano y hasta ilegal de una institución que no ha reparado en medios para realizar un plan tenebroso, infantil por lo burdo, pero de intenciones siniestras, contra excelentes productores de riqueza social.

El gobierno actual ha sido engañado por hombres incapaces y crueles, no por *pesquisas hábiles* sino por verdaderos perros de presa, cobardes y feroces.

Ahora bien, ¿qué pensar de hombres que se dejan mistificar por esta clase de funcionarios á los cuales pertenecen el comisario Rossi y el oficial Valle?

He nombrado á los dos individuos que han tenido en sus manos durante los días de agitación pasados, la vida y hacienda de los habitantes de Buenos Aires. El coronel Fraga y su infeliz secretario Aubone, delegaron sus poderes en estos dos miserables cuyo plan fué el de recuperar rastreramente las simpatías del gobierno, perdidas por el desprestigio en que habían caído al fracasar en sus investigaciones revolucionarias..... Sabído es que el plan de los radicales fué conocido á última hora en el ministerio de la guerra por intermedio de un oficial que realizó acto de traición y que la persona indicada como jefe del movimiento, el ciudadano Hipólito Irigoyen, evadió el bulto á las 9 de la noche del estallido, pese á las seguridades en contra, que los pesquisantes formulaban á las autoridades superiores.

Habiendo fracasado en este plan, ocurrióseles fraguar un complot contra los obreros, convenciendo al gobierno de un peligro inmediato debido á un alzamiento á producirse en connivencia con la rebelión política. Así obtuvieron carta blanca para proceder y este es el motivo, único, aceptado por el gobierno que ha autorizado esta vez por cobardía y falta de inteligencia, una de las arbitrariedades é injusticias más grandes de las cometidas hasta hoy en esta mil veces mal llamada república.

Por otra parte, no es de extrañar el caso. Y vamos á cuentas ¡que ya es tiempo!

Como lo manifestó el boletín de *La Protesta*, publicado el día 7 de febrero, ha sido depor-

tado el ciudadano argentino G. Inglan Lafarga por un gobierno de cuyo gabinete forma parte el abogado Carlos Rodríguez Larreta, quien, como defensor de un deportado, pidió á la Suprema Corte declarara inconstitucional la Ley de Residencia de la cual él hoy se hace solidario. Téngase además en cuenta que la expulsión de que nos ocupamos presenta un agravante. El ciudadano Inglan Lafarga es argentino, como lo acredita la carta otorgada por el juez Escalada de La Plata.

Volvemos á repetir: ¿qué pensar de hombres que ajustan todos sus procedimientos de funcionarios públicos al diapasón de sus conveniencias personales? ¿Y estos son los que pretenden llamarse hombres de gobierno, representantes de las clases dirigentes? ¿Y con qué autoridad? ¿Qué *clases dirigentes* son estas cuyos componentes manifiéstanse incapaces de defender una convicción, una idea, un principio, colocados entre estos dos caminos: la salvación de aquellos, junto con su integridad individual, ó el sacrificio de los mismos, siempre que esté acompañado del éxito inmediato, del lucro perentorio, del brillo del oropel?

El Doctor Rodríguez Larreta nos ha manifestado, en conferencias celebradas con él y por su iniciativa naturalmente, en la redacción de *La Protesta*, invocando el nombre del actual presidente de la república, que el criterio de este gobierno respecto á la cuestión obrera era bien distinto del errado que había inspirado á la administración pasada. En cuanto á él, personalmente, y podía hacer extensiva

esta declaración al Dr. Quintana, tenía formada opinión al respecto justificando en un todo las aspiraciones del proletariado oprimido por un capitalismo tan brutal como ignorante. El gobierno de Quintana, agregó, no apoyaría jamás la imposición tiránica del capital frente al productor que constituye la verdadera fuerza viva, el porvenir del país.

Nosotros le observamos que, originado un conflicto entre el capital y el trabajo, se necesitaba de parte de cualquier gobierno una energía muy poderosa, es decir, necesitaba un gobierno sentirse verdaderamente fuerte para negarse á prestar su apoyo al capital, del cual era, hoy por hoy, su principal sostén.

El flamante ministro lo entendía talvez así pero en su entusiasmo, en su parcialidad por el nuevo gobierno, no aceptó en un todo la teoría, ó si la aceptó, lo hizo con la salvedad de que no se sabía todavía de lo que era capaz un hombre que, como Quintana, al ir á ocupar la primera magistratura, lo hacía sin más ambición que la de servir honradamente los bien entendidos intereses del país. Ya verían los capitalistas el día en que él tuviera la convicción de que, por su culpa, se prolongaba una huelga perjudicándose á los obreros y, por ende, al pueblo entero...

Y... ¡para qué continuar! Baste saber que el gobierno de Quintana es hasta hoy, entre nosotros, el que más protección ha prestado al capital en su lucha contra el trabajo. Ha facilitado á las empresas particulares el personal técnico de las reparticiones públicas, como en

el caso de la huelga realizada por la Compañía Alemana de luz eléctrica y, en un momento análogo, ha puesto el ejército de la nación á las órdenes de un poderoso directorio de ferrocarril para sofocar un justísimo movimiento proletario.

En cuanto á los atropellos policiales, el mismo ministro que se manifestó asombrado por las enormidades cometidas hasta hoy, no ha tenido empacho en autorizar con su silencio cómplice los actos vandálicos de sus sayones ofrecidos incondicionalmente al capital para inutilizar brazos altivos y cerebros llenos de luz.

—Lo autorizo á Vd.—no sé porque á mí—exclamó un día Rodríguez Larreta, echando atrás su jopo cantor (yo también tengo jopo y sé echármelo atrás, pero sin que vuelva á oscurecer mi frente) á reclamarme de cualquier acto en que la policía sea parcial en contra del obrero.

Claro está que nadie ha tenido la candidez de reclamar nada y si particularizo este caso lo hago porque se trata aquí de un hombre joven, que había hecho profesión de fé independiente, que había hablado mucho de altiveces cívicas y que hoy nos presenta el más triste, el más lamentable de los ejemplos entregando su integridad personal en el altar del éxito.

Probablemente Larreta, parodiando al sabio personaje de «El año terrible», para borrar los agravios, para evitar las catástrofes, para resolver los problemas, para consolar la angustia y prevenir las convulsiones, ha pensado que

bastaba volver á su casa y exclamar: Ciudadanos: ¡soy ministro y todo va bien!...

*
* *

La digresión, salvo opinión más autorizada, no está demás. Estas notas son escritas así, un poco atropelladamente, pero sin perder un detalle importante. Y esto es lo principal.

Ibamos, pues, en la narración, rumbo á *Punta Piedras*, según nuestro *piloto*, cuando de pronto sentimos parar la máquina y echar anclas. Un rato después estábamos fondeados á la derecha del *Santa Cruz* y del *Brown* en la rada exterior de Buenos Aires.

—¡Es claro! No podía ser de otro modo... Allí los presos políticos, aquí los sociales...

—¡Démosnos corte, muchachos! Mañana tenemos visitas y pasado Buenos Aires entero conoce los detalles de nuestra odisea y hasta los ratones, con Lainez á la cabeza, protestarán de la infamia! ¡Viva la tiranía!

—¿Cuál?

—¡La del frac! pues hombre. La más inepta de todas y, por lo tanto, la que más nos conviene...

Entretanto uno de los guardias ha gritado inútilmente silencio repetidas veces. Entonces ha llamado al cabo cuarto. Viene el cabo y se le interpone la queja.

Después habla el cabo:

—Les advierto que el centinela tiene orden de hacer fuego sino le obedecen...

El cabo había venido á interrumpirnos la fiesta...

Antes de diez minutos el centinela, rodilla en tierra, apuntaba con su mauser al pecho de un compañero.

La situación se hacía intolerable.

Alguien dijo:

—Es necesario hablar con el comandante del barco. ¡Vaya uno á saber que informes ha dado sobre nosotros la Comisaría de Investigaciones! Él creerá que aquí todos somos asesinos feroces y que hasta el barco peligra sino fusila á media docena por lo menos.

—¡Que vaya Ghiraldo!

¡Que vaya!

—¿Hay inconveniente?

—¡Hombre, no! Pero bien podía el comandante venir aquí y darse cuenta por sus propias observaciones de que todos nosotros somos santos, martires y virgenes de pecado policial...

—Pero es que los comandantes no llegan hasta las bodegas de sus buques sino en caso de naufragio. Y eso, ya lo sabemos, para trincar las puertas...

—¡Otra vez la *Rosales!*

Al rato salía yo en mangas de camisa, hecho un loco, con un calor de mil diablos, á conferenciar con el comandante que se paseaba á popa.

—Porque no se pone el saco... me dice discretamente, casi al oído, al verme aparecer en la escalera del sollado el oficial portador del permiso. Lo miré y sonreí. Me hizo gracia aquello.

Hay que tener en cuenta que iba á hablar nada menos que con la autoridad suprema del barco, á quién debía impresionar bien desde que apareciera ante su vista si quería obtener alguna ventaja para la tranquilidad futura de los detenidos. Yo no calculé,—¡qué diablos iba á calcular!—en la falta de tacto en que incurría al presentarme al *rey* en mangas de camisa. Sin embargo, y esto lo digo sin mayor pretensión—el elogio es para el comandante—tengo la firme creencia de que, á pesar de las mangas blancas al aire, mi misión hubiera sido siempre satisfactoria...

Ahorrando comentarios diré solo que á las pocas horas de nuestra estadia habíese formado á bordo del *Maipú* y entre el personal del mismo, un ambiente de simpatía en favor de los prisioneros. Las caras, de torvas se tornaron en amables, casi risueñas. Ya no se nos *temía*... Por el contrario, se nos consideraba facilitándosenos en lo posible, dentro de la disciplina, todo aquello que pudiera contribuir á hacer menos dura la permanencia forzoza.

*
* *

Los dos primeros días de nuestra estadia en la prisión flotante á que el gobierno nos destinara hizo un calor feroz. El sollado de proa donde permaneciamos semejaba una cámara de asfixia. Sudabamos como calderas

y los ojos de buey, por donde entraba el aire como colado eran solicitados por bocas ávidas de cuerpos que comenzaban á jadear. Así y todo, justo es decirlo, no llegó á perderse el buen humor y á cada instante una chuscada, una ironía, exteriorizaban todo el espiritu sano, sereno y fuerte que nos alentó durante las inenarrables peripecias de este viaje que se dijera inventado por alguna pluma tan traviesa como caprichosa. Nuestra travesía evocaba, con poco esfuerzo imajinativo, aquellos viajes de negros que las leyes inglesas permitían bajo los trópicos en el fondo de las embarcaciones donde, según crónicas antiguas, eran transportados anualmente cuarenta mil esclavos.

*
* *

Una escena olvidada y que aumentó por breves momentos nuestra incertidumbre. Media hora después de haber fondeado al costado derecho del *Brown*, sentimos levar anclas y ponerse en movimiento las máquinas del *Maipú*.

—¡Canastos! ¿Y ahora?

—Nada: lo del ratón y el gato...

Y de nuevo en marcha sin conocer el destino.

Sobre los ojos de buey trepan los más ágiles.

—Para donde?

Los grupos formados en medio del sollado escuchan.

—Cruzamos por la popa del *Santa Cruz*.
—¡Y vamos á toda marcha! Mas ligero que nunca.
—Ya estamos sobre el *Brown*.
—Un momento ¡no griten!
—Para la máquina otra vez.
—¿Y?....
Han pasado algunos miuutos y el *Maipú* se ha colocado del otro lado del *Brown* que viene á quedar en medio de las dos prisiones flotantes apuntando á ambas con sus cañones.

*
* *

Tocan rancho. Son las 11 de la mañana y el apetito es formidable. Hay que formar grupos y nombrar cabos rancheros... Uno por grupo. En un santiamén está hecha la operación y cada cabo con sus ayudantes se hace cargo de la vajilla.
He aquí el menú: sopa, mate cosido y galleta. No esta mal para empezar.
—¡Que diferencia con la tumba del 24! (1)
—Estos son manjares de dioses...
—¡Venga mas sopa!
—¡Y mas mate!
—¡Galleta muchachos! Es barata. Tiene nidos de arañas, moscas en polvo y otras sustancias tanto ó mas sabrosas. No desperdi-

(1) Deposito de presos en la calle 24 de Noviembre, Buenos Aires

ciarla, que pronto ha de acabarse y después tendremos que comer pan...

—¡Brindemos por Rossi y por su tribu!

—¡Tóma, echa ahí lágrimas de San Juan!

Y una mano estiende un jarro hacia la cuba de madera, llena, por quinta ó sexta vez, hasta el borde, del agua turbia del Plata.

Y asi almorzamos más contentos que unas pascuas...

¡Cualquier sayón puede con nuestra alegría!

*
* *

¡Domingo! Se me dá pluma y papel. ¡Por fin! Entonces escribo mi primera carta:

Querida María Julia:

¿Me creerás? Te escribo estas líneas tranquilo, sereno, casi alegre, casi feliz! Tengo, á mi frente una ventana, grande como una puerta de gloria, á través de la cual vá mi mirada. Al lado, es cierto, un centinela de vista, mauser al brazo, que me clava los ojos, pero sin interrogarme,—estupidamente. ¡Ah, si me interrogara! Más allá el río libre, el viento que sopla, el cielo que se aclara... Y aquí yo, lleno de sombra y luz!

(Yo no sé someterme; los esclavos
Viven asi dolientes y sumisos;
Yo tengo la alegría de mis cóleras:
¡Nadie puede quitarme lo que es mío!)

—¿Y tú? Has estado triste. Lo sé: esa es mi sombra.

Aquí observo, estudio, medito y presiento... Si el presente lo llenan de nubes el porvenir será de rayos. ¡Y qué! Por ellos, en la noche, suelen güiarse los caminantes perdidos...

¿Detalles sobre estos cinco dias pasados de calabozo en calabozo, secuestrado á los míos y á los extraños, tratado como un enorme delincuente, buscándose la forma de doblegar mi espíritu ante el sayón? ¡para qué! Bástete saber que siempre he sonreido:

Yo tengo la alegria de mis cóleras...

Bueno: ahora ¿sabes en lo que pienso? Pues, en lo que hemos de reirnos juntos y pronto de muchas de estas... peripecias por las que he pasado. Tú también tienes que contarme algo. La escena del rejistro en casa, por ejemplo. Ya sé que los agentes, entre otros *explosivos* , encontraron mis versos y que tú te reiste de ellos, de los agentes...

Te escribiría largo, muy largo; pero no sé, primero, si esta carta llegará á tus manos y, después, que si me descuido el mensajero saldrá sin ella. Como comprenderás, hasta hoy, he estado rigurosamente incomunicado,—estado que aun dura pero que yo rompo de manera que después te comunicaré.

Remiteme, con el portador, la ropa y demás cosas que, me imagino, tendrás preparadas desde el día de mi prisión. Escribeme con el mismo dándome todas las noticias que puedas. Escuso decirte que aqui estamos sin saber lo

que acontece en ninguna parte del mundo... execpto en Rusia!

Tuyo, Alberto.

A bordo del Maipú—Rada de Buenos Aires.

*
* *

El lúnes, después de cinco días de riguroso encierro, llega á bordo la primera carta. Es para el compañero Fueyo. La segunda es para mí.

Dice:

Febrero 13, Lúnes.

Alberto!

¡Cuánta alegría me ha proporcionado, ó mejor dicho, nos ha proporcionado tu carta, después de tanta angustia, de tanta espectativa!

Yo, como puedes imaginarte, he hecho cuanto he podido por verte.

El jueves, despues que me quedé sola, me preparé para irme á lo de B. como tú me lo pediste. Pero ántes de salir de casa volvieron los salvajes é hicieron en ella un minucioso registro.

El *guapo* aquel que tan resueltamente penetró hasta el fondo de la casa, encabezando el malón y que con tanto valor me amenazó con su revólver, se hizo cargo de tú dormitorio. Le pregunté si buscaba bombas y dina-

mitas, pues con extraordinaria paciencia revolvió el ropero, el lavatorio, la mesa de luz, y metió la cabeza debajo de la cama y las narices en las rendijas de los zócalos. Recogió todos los papeles rotos por tí que había en el suelo y se los guardó á falta de algo más importante... Yo seguí tu ejemplo y, como no pudiera emplear otra arma, usé la sátira burlándome de él. Cordelia también me ayudó y muy eficazmente.

Mientras esto pasaba otros dos se apoderaron del escritorio, pidiéndome las llaves de los cajones (tú sabes que carecen de ellas). —¿Llaves?... Están todos abiertos, aqui no se usan llaves. ¡Impónganse Vdes. de los extraordinarios secretos que esos cajones encierran!...

En fin, terminaron su *noble* misión y se retiraron quizá no muy satisfechos—¡ah, los miserables!—de sus infructuosas pesquisas. Cerré la casa y me fuí.

El jueves mismo concurrimos al Departamento de Policía. Hablamos con el secretario Aubone, quien *muy atentamente* nos dijo que estabas incomunicado y que no le era posible hacer nada para que se te levantara la incomunicación; pero que dos ó tres horas más tarde nos haria saber si era posible llevarte algo para que lo pasaras con más comodidad. En lugar de esto me envió una nota diciendo que serias trasladado á bordo.

Federico solicitó un permiso para ir al *Maipú* y se lo negaron.

Te diría muchas cosas más pero es tardísimo y tengo que concluir.

Sólo te diré Alberto que tu prisión á hecho derramar lágrimas á las personas que te quieren de verdad, pero tu actitud, hoy como siempre, les ha llenado de satisfacción. Es así como se quiere á los altivos como tú.

Estoy triste es cierto, pero estoy fuerte; nada de lágrimas me has dicho y tu tienes razón: ¡tú siempre fuerte, tú siempre el mismo!...

¡Cuando te veré! Recibe un abrazo de tu hermana

María Julia.

Contesto en rima:

Ante la infamia y el dolor sonrío.
Es mi sonrisa una arma de combate
Cuando, en tropel, la vida que me inunda
—Puerta de gloria,—por mi boca sale.

Esperaba tu carta como un triunfo.
Y cuando ella llegó más altanera,
Más implacable aún fué mi sonrisa
Para el sayón armado de mi puerta!



III

CÁRCELES FLOTANTES

Desde mi nueva prisión, un camarote del *Maipú* lleno de baúles, colchones, frazadas y otros utensilios; un depósito, en fin, de cosas excelentes cuya ausencia noto desde hace siete días, escucho, á través del tabique de madera que me separa del río, este curioso, incisivo y edificante diálogo, más ó menos en criollo de pura cepa. Hablan dos marineros; tema: el levantamiento *radical* fracasado.

—Decime, ¿y vos que pensás de todo esto?

—Pa mí que todo es igual.

—Con quién hubieras estao vos, séme franco: ¿con los que se alzaron ó con los del gobierno?

—¿Yo?...

—Hablá, pues, y dejate é partes.

—Mirá hermano; ¿con franqueza decís? Bueno. Pa que sepás, de una vez, yo no las voy con naide. Porque pa mi *el que no tira al pecho tira al acenso*...

Y esa verdad, dicha así tan espontaneamente sobre la cubierta de un buque armado, por boca de los mismos hombres considerados hoy como instrumentos ciegos, sordos y mudos por autoridades y partidos políticos en acción, resonó en mis oídos con notas de dianas triunfales. Ya el pueblo empieza á pensar—¡que diablos!—quieran ó no los interesados en la perpetuación de las sombras.

*
* *

Son las diez de la mañana del día 14. Llueve. Llueve copiosamente. Ha llovido toda la noche. Los pobres centinelas que me cuidan han recibido, uno detrás de otro, el agua del cielo con una resignación única. Me dan lástima á mi estos centinelas. Los reemplazan cada hora pero salen calados por el agua á pesar de los gruesos capotes que, empapados, han de pesar sobre sus hombros, como mundos. ¡Pobres centinelas! ¡Los presos son ellos! ¡Si se dieran cuenta! pienso entre mi y, después, pese á la consigna, trabo conversación.

—¿Por qué no se guarece bajo aquél techo? Y le indico, desde la ventanilla, un sitio bajo el puente, á tres metros del camarote que me alberga. El hombre-máquina contesta:

—No puedo, señor. Tengo que cumplir la orden...

¡Y la orden es esa: estar ahí aun cuando caigan rayos, cuidando á un preso que de escaparse tendría que hacerlo para arrojarse al rio! ¡Pobres centinelas!

*
* *

A bordo se nos ha negado en los primeros instantes toda clase de elementos, excepto la comida. Los presos no hemos podido ni lavarnos el primer día. De treinta y ocho que hemos llegado juntos, solo tres han podido conservar sus pañuelos. Los que han traído alguna ropa no pueden disponer de ella.

Los empleados de investigaciones que tuvieron la amabilidad de acompañarnos á bordo, más bien dicho el oficial Salas, un criollito compadre, pichón de Rossi, que hará papel en su hermoso oficio y que es quien dirije la operación de embarque, ha tenido la peregrina ocurrencia de hacer, después del último registro soportado por los prisioneros, entrega formal de las prendas de cada uno, que son empaquetadas debiendo conservarse así hasta nueva orden. ¡Quitarle á un preso la ropa interior con el único objeto de mortificarlo, solo puede ser obra de cerebros delincuentes! El empleado Salas es un delincuente como lo son sus jefes. Delincuentes, así como suena, que caen hasta bajo la acción del código.

*
* *

Amanece el día 16. La noche anterior hemos sido trasladados á la Dársena Norte. A mí se me ha vuelto á incomunicar rigurosamente. Desde la ventanilla de mi camarote veo pasar á algunos compañeros. ¿Adonde irán? me pregunto. Estamos frente al Arsenal de Marina. Es de suponer que allí se encuentra instalado algún tribunal. ¡Por fin los interrogará algún juez! exclamo.

Al rato escucho:

—Esos van á ser deportados... Son extranjeros todos... ¡Qué macanas las del gobierno! ¡Yo no sé en que piensan!

Yo en tanto solo pienso en las familias de los que han de seguir la via crucis de la deportación. El castigo resulta peor aun para ellas. Al fin ellos tienen sus brazos fuertes y su oficio. ¡Pero ellas, las mujeres, los hijos!... ¡Ah bárbaros! rujo y por primera vez me indigno de veras y lanzo un rayo.

En épocas más embrionarias han aparecido hombres que, en el suelo de América, implantaron la crueldad como sistema para poder dominar. Francia, García Moreno, Rozas. Después la legión de los caudillos menores. Pero aun estos, y pese al tiempo nebuloso en que actuaron, pasan hoy, discutidos á la luz de la razón y la ciencia, como casos de morbosismo político, abortos que la naturaleza puso en el camino de los pueblos á guisa de piedras

que la corriente del río debe derribar para seguir su obra fecundante.

Pero la violencia por la violencia, la crueldad por la crueldad misma, tal como se ejercitaba entonces, no se concibe hoy. Aquellas ignominias han pasado y para siempre, se dice... ¡Y todos nos engañamos!

Ved aquí el caso reproducido del mal por el mal mismo, implantado también como sistema, análogo al de las épocas que consideramos bárbaras, bajo el gobierno de un hombre que ha pasado como un ejemplo de cultura porteña y que no es sino una síntesis de maldad é ignorancia burguesas. He nombrado á Manuel Quintana. Hugo ha dicho: la maldad nace donde la altura cesa.

*
* *

Por la tarde comienza el lamentable desfile de las familias de los que han de ser deportados. Despues de diez días de secuestro se les permite á los detenidos verse con ellas horas antes de la ausencia forzosa.

¿A quienes alcanza el castígo? He aqui sus nombres y algunos datos biográficos:

Manuel Vazquez.—Ha sido, indudablemente, una de las presas más codiciadas por la policía. Se explica: desempeñaba la administración de La Protesta al mismo tiempo que una secretaria de la Federación Obrera, pues-

tos ambos en los que desplegaba su gran actividad de obrero consciente. De oficio cigarrero es conocido como productor tanto como por propagandista. Ha trabajado en su oficio, y en este país solamente, quince de los diez y seis años que lleva de residencia.

Es varón hecho á todas las pruebas: tiene treinta y tres años y su descendencia encarnada ya en siete vástagos. Nació en España.

Cayetano Criado.—Un verdadero productor de riqueza social, que ha visto caer copos de nieve sobre su blanca cabeza, mientras durante treinta años sus fuertes manos moldeaban el cuero destinado á abrigar el pié de sus mismos opresores. Es zapatero de calzado fino... 44 años, 7 de residencia en la Argentina y 5 hijos. Fué sorprendido por la policía en plena tarea, como quien dice *infraganti*—¡moldeando cuero!

José Ciolli.—Otro valiente trabajador, otro hombre de verdad á quien la policía ha calificado de vago, como hombre sin oficio, ó por mejor decir, como hombre de malos oficios. Sin duda alguna los hombres de sable y pito han querido parangonarse con él...

Como un documento curioso y de suma importancia para algunos de mis lectores, doy á continuación el certificado que, á solicitud de un hermano de Ciolli, han dado sobre la conducta de este obrero sus propios patrones:

Buenos Aires, Febrero 10 de 1905.

Certificamos, por medio de la presente, que D. José Ciolli,

trabaja actualmente en nuestro Establecimiento como impresor litógrafo, desde hace siete años, observando muy buena conducta y cumpliendo con sus deberes á nuestra entera satisfacción.

GUNCHE, WIEBECK Y TURTL

Ciolli cuenta 17 años de residencia en la Argentina; es italiano y soltero.

GUILLERMO E. CERFOGLIO.—Un muchacho y un artífice: labra la plata y monta brillantes. Argentino, 25 años. Secretario de la sociedad de joyeros recientemente organizada en Buenos Aires.

ANTONIO MARZOVILLO.—Italiano, 25 años y 18 de residencia. Tien dos hijos. Oficio: peluquero; una tijera de primera fuerza y una conciencia idem. Puedo afirmar, sin temor á equivocarme, que este jóven obrero vale más de lo que pesa...

CONSTANTE CARBALLO.—La bestia negra de la policía de la Boca, Agentes marítimos y Exportadores de frutos del país. Secretario de la Sociedad Obreros del Puerto ha puesto á su servicio sus especiales dotes de organizador. Es un gremialista entusiasta cuya acción eficaz se ha hecho sentir principalmente en el seno de los estibadores. Español—29 años, con varios de residencia en el pais. Profesiones: estibador y marinero.

FRANCISCO LUNA.—Un excelente carpintero. Abrazó el oficio siendo muy niño y fué educando sus manos al par que su cerebro. En su

estante de herramientas no falta hoy el libro, formon formidable cuyo filo cava cada día un palmo en el cimiento del viejo armazón de injusticias, de ignorancias y de crimenes por el derrumbe del cual luchan hoy todos los hombres de luz.

CONSTANTINO LÓPEZ.—Español—26 años, con quince de residencia y de trabajo en el país. Dibujante y pintor. Al regresar de su trabajo fué detenido en la puerta de su domicilio donde le esperaban los sabuesos. Es casado con argentina y tiene su demás familia en el pais.

JOSÉ TELLECHEA.—Uruguayo, con 9 años de residencia en el país. Empleado. Pertenece á la Confederación de ferro-carrileros, lo que explica la persecución policial dadas las vinculaciones personales del actual presidente con las empresas tiranas.

CIPRIANO LÓPEZ.—Un muchacho argentino; 25 años de edad y diez de trabajador en una misma casa. Este dato basta para calificarlo.

VICENTE PERDUCA.—Muy jóven y entusiasta. Pertenece á la sociedad de aserradores en la que desempeña el puesto de secretario. Como obrero ha merecido ya dos prisiones lo que no deja de ser una honra.

FRANCISCO JAQUET.—Profesión: cigarrero. Activísimo en la propaganda. Dispone de excelentes piernas y es capaz de justificar la aser-

ción de dos programas que anuncien para el mismo día una conferencia suya en distinto local y á idéntica hora... Pertenece á una familia de obreros inteligentes y laboriosos y, pese á la versión policial, no ha escatimado nunca sus fuerzas en la lucha por la vida, lo que equivale á decir que no ha desmentido ni renegado de la tradición familiar. *Catalan* y con varios años de residencia en la argentina.

Benito Puente.—Dueño de un pequeño taller de carpinteria. Mente algo fantástica é intachable obrero. Español, con varios años de residencia.

Alfredo Iglesias.—Español—30 años y 16 de residencia en el país. Empleado. Ha pertenecido al personal de La Protesta y de ahí la inquina policial en su contra.

Joaquín Hucha.—Otro de los puntos negros de la policía bonaerense. Este obrero, tan pequeño de cuerpo como grande de alma, ha sabido imponerse por su conducta y su energía no desmentidas en ninguna prueba. Panadero de oficio es queridísimo y respetado en su gremio por cuyo progreso ha luchado siempre sin un desfallecimiento. Español y casado. Cuenta 32 años de edad y 20 de residencia y de trabajo en el país. Fue detenido en la vía pública en momentos que se dirigía á su taller. Hucha no estuvo á bordo del *Maipú* sino de paso para la deportación, asi como los compañeros José Donato, Antonio Lencio, Rodolfo Sán-

chez, Blas Pirolo, Cárlos Balzán, Juan Llorca y Narciso Bartolozzi.

EMILIO SAAVEDRA.—Panadero—Español—21 años—Conciencia en formación. Carácter resuelto. Este *aprendizaje* le será provechoso.

ANTONIO REY.—Al decir policial este compañero ha contraido serias deudas con la sociedad. Aun suponiendo que la afirmación policial fuera exacta, Rey ha saldado con creces esa deuda como lo atestigua también la misma policía. Sin embargo no sabemos nosotros, ni sabe ella, si la sociedad ha procedido en análoga forma con el compañero Rey, es decir si ha devuelto el sobrante... Rey es tipógrafo y como tal prestaba sus servicios en *La Protesta*.

MANUEL MANRIQUE.—Español—Zapatero—Fué preso y robado por la policía en su propia casa. Es padre de 4 hijos argentinos que quedaron abandonados pues la compañera corrió igual suerte: presa y deportada.

AURELIO PAGANELLI.—Italiano—Casado—Con varios años de residencia en la argentina. Profesión: vidriero. Como todos los demás compañeros pasó por una série no interrumpida de vejaciones y sufrimientos físicos antes de ser trasladado al *Maipú*.

FRANCISCO ALBIGINI.—Hé aquí un caso más grave aún que el de Inglan Lafarga. Se trata

de un argentino á quien se le aplica la ley de residencia dictada exclusivamente para los extranjeros. Albigini es panadero y fué detenido al entrar al trabajo.

Bautista Fueyo.—Otra víctima del odio policial por haber pertenecido al personal administrativo de La Protesta. No está demás advertir que Fueyo, al ser detenido, no ocupaba ya puesto alguno en el diario. Fueyo es comerciante y fué tomado preso en su domicilio, junto con su dependiente, viéndose obligado á dejar completamente abandonada su casa de negocio.

Dante Silva.—Italiano y casado. Reside en el país desde el año 1895. Es empleado. Muy jóven y estudioso ha merecido el ser blanco de las iras autoritarias por haber colaborado en *La Protesta*.

Antonio Zacagnini.—Otra bestia negra de la policía. Secretario de la Confederación ferro-carrilera y acusado de cuanta atrocidad pueda imaginar el lector: levantamiento de vías ferreas, descarrilamientos y, creo, que hasta incendios y asesinatos... Zacagnini es un excelente muchacho cuyo único defecto quizá consista en eso, en que es incapaz de levantar un riel: no tendría fuerzas para ello...

Bromas aparte, Zacagnini ha sido, en realidad, el alma de la Confederación, no habiendo escatimado energias para que este organismo obrero alcanzara, en la Argentina, la importancia que en realidad le corresponde.

Zacagnini es italiano de orígen, vino al país siendo todavía un niño, habiéndose hecho hombre después de una lucha muy ruda y muy honesta.

ENRIQUE BILBAO.—Español, panadero, con varios años de residencia en el país. Como la mayoría de los compañeros fué detenido al encaminarse á su trabajo.

FRANCISCO CORNEY.—Español—Casado y padre de cuatro hijos—dos de ellos argentinos. Oficio: tornero en madera. Miembro de la Federación Obrera Regional, motivo más que suficiente para que la policía le echara el guante, si se tiene en cuenta que aquella institución está hoy considerada como la encarnadora de la orientación revolucionaria que, más ó menos pronto, ha de dar el triunfo económico al proletariado.

—

He aquí los hombres que este gobierno considera *peligrosos* arrojándolos del país sin una consideración, sin un escrúpulo. . y temblando! Porque, en puridad de verdad, las autoridades tienen miedo. Miedo extraño que no sabrían concretar; es el miedo á un enemigo que podríamos decir invisible, misterioso, cuyas armas no se palpan y cuya acción es gigantesca. Es el miedo á las ideas que se sienten filtrar, sin saber como, sobre la masa del pueblo y que—¡necios!—pretenden detener en su marcha triunfal encarcelando luchadores y torturando conciencias.

*
* *

Día 17.—Persiste mi incomunicación. Hay órdenes terminantes de la superioridad de no dejárseme hablar con nadie... Esto sería sublevante sino fuera ridículo. Aprovecho el enclaustramiento para escribir varias cartas.

*
* *

A proa, mientras escribo, siento un canto. Raro es el eco que percibo. Diríase una música triste que fuera á la vez un himno. Y es que la tristeza está en la esencia misma de la armonía que envuelve á las palabras que son valientes.

Las voces cantan:

Maipú de nuestro ódio
Vidalitá
Cuna de tormentas;
En ellas se irguen
Vidalitá
Los hombres que piensan.

Aquí los sayones
Vidalitá
Sus armas aprestan,
Contra los altivos
Vidalitá
Que no se doblegan.

Aunque nos cargaran
Vidalitá

Peso de cadenas,
Por sobre los mundos
Vidalitá
Marchará la idea.

Yo medito. Ese canto, con música pampeana, conteniendo ideas universales, puede muy bien ser el lazo de unión entre las almas nativas que quedaran en el barco prisioneras y las que el viento de la injusticia arroja á playas que pronto no serán de nadie porque serán de todos. ¡Destruyan ese lazo los gobiernos! ¡Rompan, si pueden, los vínculos que unen hoy á los espíritus de todas las latitudes y entonces, recién entonces, habremos creído que empiezan á defenderse de sus adversarios!

Entretanto los gobiernos de todos los países en que se dictan leyes coercitivas y tiránicas como lo es la de *Residencia* entre nosotros, no harán otra cosa que obra contraproducente para sus propios cálculos. El dolor es la fuerza creadora de más potencia que se conozca. En el dolor á que se les somete, los bravos forjadores de mundos nuevos templan aún más sus fibras, levantan sus corazones y hacen que brillen sus frentes altivas con un relámpago de martirio. ¡Todo fuerza y luz!

*
* *

Me llega la visita de un amigo. Por él sé cosas estupendas... Por ejemplo: que los obreros estaban comprometidos en el levantamiento;

que el suburbio entero iba á rebelarse contra el centro urbano, devastando, matando, incendiando; que las turbas sangrientas no iban á perdonar nada vengando así, de una vez y para siempre, los ultrajes y las infamias soportadas; que, en fin, estábamos á un jeme del caos.... cuando, héte aquí, que la policía aparece como la égida salvadora de la sociedad, librando al mundo del terrible espectáculo tomándonos presos.... Y ahora, ya salvada la situación, era necesario hundirnos á nosotros! Buenos Aires entero apoyaría cualquier medida tomada contra los presos anarquistas sobre los cuales estaba prohibido hablar. ¡Ya verían el escarmiento que se haría con ellos...! ¡Sí, Buenos Aires entero lo aplaudiría! *El Diario* lo aseguraba y con *El Diario* todos los ladrones conocidos incluso los empleados, altos y bajos, de la Comisaría de Investigaciones.

¿Y con semejante apoyo que gobierno titubearía?

Como se vé estábamos perdidos. No había remedio. Me puse á llorar á gritos. Al poco rato el camarote estaba inundado en lágrimas y mi amigo, horrorizado, desaparecía, salvándose de un naufragio en salmuera escurriéndose por el ojo de buey... ¡Pobre gobierno!

*
* *

Otro amigo me escribe una carta sin firma. Lo hace así porque las persecuciones policia-

les han asumido, dice, tales proporciones en Buenos Aires, que teme comprometerse. El sabe que la correspondencia es robada y violada por los guardianes del orden.

Otro—un empleado público—me manifiesta que daría algunos pasos en mi favor—¡oh, cándido amigo, la inocencia te valga!—si no lo amedrentara la idea de que ésta solicitud hacia mi le hiciera perder el puesto.... Y así otros... En tanto recuerdo la frase célebre: Dios es el miedo. ¡Si; el miedo gobierno el mundo! ¡Ay de los valientes!

*
* *

Me llegan dos manifiestos lanzados—uno por la Federación Obrera Regional Argentina y otro por la de Calzado, dirigidos al pueblo trabajador convocando á la huelga general si en el plazo de 48 horas no son puestos en libertad los compañeros presos.

La huelga ha sido declarado por la Federación para el día 16 y no da mayor resultado. Se comprende. Los obreros han sido tomados de sorpresa por este estado de cosas y, además, es escasa aún en los gremios la educación revolucionaria. Sin embargo esto les sirve de gimnasia y cuando la reacción se produzca, que se producirá, al pasar los primeros momentos de estupor, podremos contemplar un bello ejemplo de conciencia proletaria.

*
* *

Hoy, día 18, es el señalado para el embarque de la segunda remesa de deportados. Las escenas que con tal motivo se producen á bordo son fáciles de imaginar. Llegan las familias que han sido notificadas de la brutal resolución y muchas lágrimas calientes queman mejillas que se dirían hechas para el llanto.

Mentiría si dijera que entre los compañeros á embarcarse ha habido un solo desfallecimiento. Han consolado á los suyos buscando las más convincentes argumentaciones y, al partir, van con las frentes muy altas, erguidas ante los ojos oblicuos de los carceleros, que no han de abandonarlos hasta que se encuentren fuera de aguas argentinas.

Los nuevos deportados son: Juan Maumus, Angel Rivas, Arturo Lori, Mariano Barrajón y Salvador de Lucca.

A bordo han quedado los compañeros siguientes: Martín Cutillo, Eugenio Verea, Pablo Garavelli, Domingo Bogiorni, Pedro Bartoloni, Santos Paolini, Francisco Expósito, Luis Grande, Andrés Daneri, José Carmona, Amadeo Febo, Rafael Medaglia, Victorio y Manuel Colombo, José Orueta, Juan Navia, Gerardo Fernández y Nicolás Grieco.

*
* *

Recibo una grata visita. Después de una peregrinación fatigosa, de oficina en oficina, mi hermana ha logrado un permiso en el Minis-

terio dė Marina para poder verme. Se le dá el permiso para una sola visita que dura media hora, porque así lo exigen las autoridades de á bordo.

Por mi hermana sé el ruín comportamiento usado para con ella por el secretario de policía Cárlos Aubone. ¡La ha engañado como un truhan! Estuvo en mi busca en el Departamento el día 9 y este mal caballero le manifestó que el preso había sido ya embarcado. Lo fuí recién al día siguiente á las 6 a. m.

No solo se le negó que me viera, no solo se le engañó sino, que, para colmo, se le impidió el que me hiciera llegar los elementos indispensables de vida, no negados ni á los criminales con condena. En mérito á su imbecicilidad le hubiera perdonado á Aubone todas las molestias materiales sufridas en mi paso por la policía bonaerense. Pero esta—la mentira del mal caballero á la muger—¡que la pague! Ni la perdono, ni la olvido.

*
* *

Amanece otra vez y sopla fuerte el viento. Por la lumbrera de mi camarote veo cruzar, veloz, una nube de tormenta. ¿Porqué no estalla sobre nosotros? ¡Ojalá! ya que esto ¡diantre! se vá haciendo un poco monótono...

*
* *

A ocurrido una escena á bordo, digna de recordarla porque es triste.

Con el fin de comunicar la órden de deportación, firmada para varios compañeros, han llegado dos empleados de policía pertenecientes á la sección de Investigaciones.

Uno de los presos solicita permiso para que su mujer lo visite.

—Su mujer está presa tambien, le contestan los bárbaros.

—¿Qué! ¡Mi mujer presa? ¿Y mis hijos!

—¡Qué sabía, ni que le importaba á la policía de sus hijos, ni de los de nadie!

Y al bravo compañero se le nublan los ojos por primera vez.

En tanto me interrogo, pensando en los torturadores: ¿De qué pasta están formados estos hombres, malos porque sí, crueles hasta la náusea, serviles hasta el dolor? Pero ¿en realidad estos son hombres? No! me contestó: son esbirros! Vedlos: doblados ante los amos, por obtener una piltrafa más en su vida de bestias—siervas, no titubearían, un sólo instante, en sacrificar el reposo del amigo, destruir el hogar del trabajador y entregar, vendida, la leche de las propias madres destinada á alimentar á los hermanos!

*
* *

Cuentan las crónicas de una época terrible que para poner en práctica las teorias de un tirano —hablo de Rosas — se organizó, bajo sus auspicios, la sociedad de la *Mazorca* compuesta de bandidos.

Protectores, más ó ménos encubiertos, de esta sociedad eran, por órden superior, el o de policía, los jueces y en una palabra cuantos debían velar por el mantenimiento del órden público. De suerte que cuando los miembros de la *Mazorca* forzaban la casa de un ciudadano, para asesinar á los dueños ó entrar á saco, era inútil que el amenazado pidiese auxilio, pues nadie acudiría á evitar las violencias de que era víctima. Y cuentan que estas violencias se repetían sin cesar, así de día como de noche.

Al mismo tiempo que las personas de alguna significación, eran víctimas de estos atropellos, se enviaban á las prisiones los presos á centenares. Nadie conocía el crímen que motivaba su detención, y era inútil tratar de averiguarlo, porque bastaba que el tirano lo conociera. Igualmente se consideraba inútil que los tribunales perdiesen tiempo en conocer de las causas y sentenciar los procesos, y como era preciso vaciar las cárceles para encerrar en ellas á los presos nuevos, hacíase hueco con ayuda de numerosos fusilamientos.

Pues bien, la *Mazorca* ha evolucionado sin duda no ha escapado á la ley, aunque, más bien dicho, ha cambiado de nombre. Hoy se llama entre nosotros *Comisaría de Investigaciones* y si no se fusila se deporta ó se destierra. A veces tanto vale.

Lo afirmo. La *Comisaría de Investigaciones* es la *Mazorca* de hoy. Sus miembros, amparados por el Jefe de Policía y hasta por los Jueces federales, han violado domicilios, han

robado de ellos cartas, libros y dinero y, exceptuando el asesinato, han cometido todos los desmanes de la célebre sociedad de la época terrible.

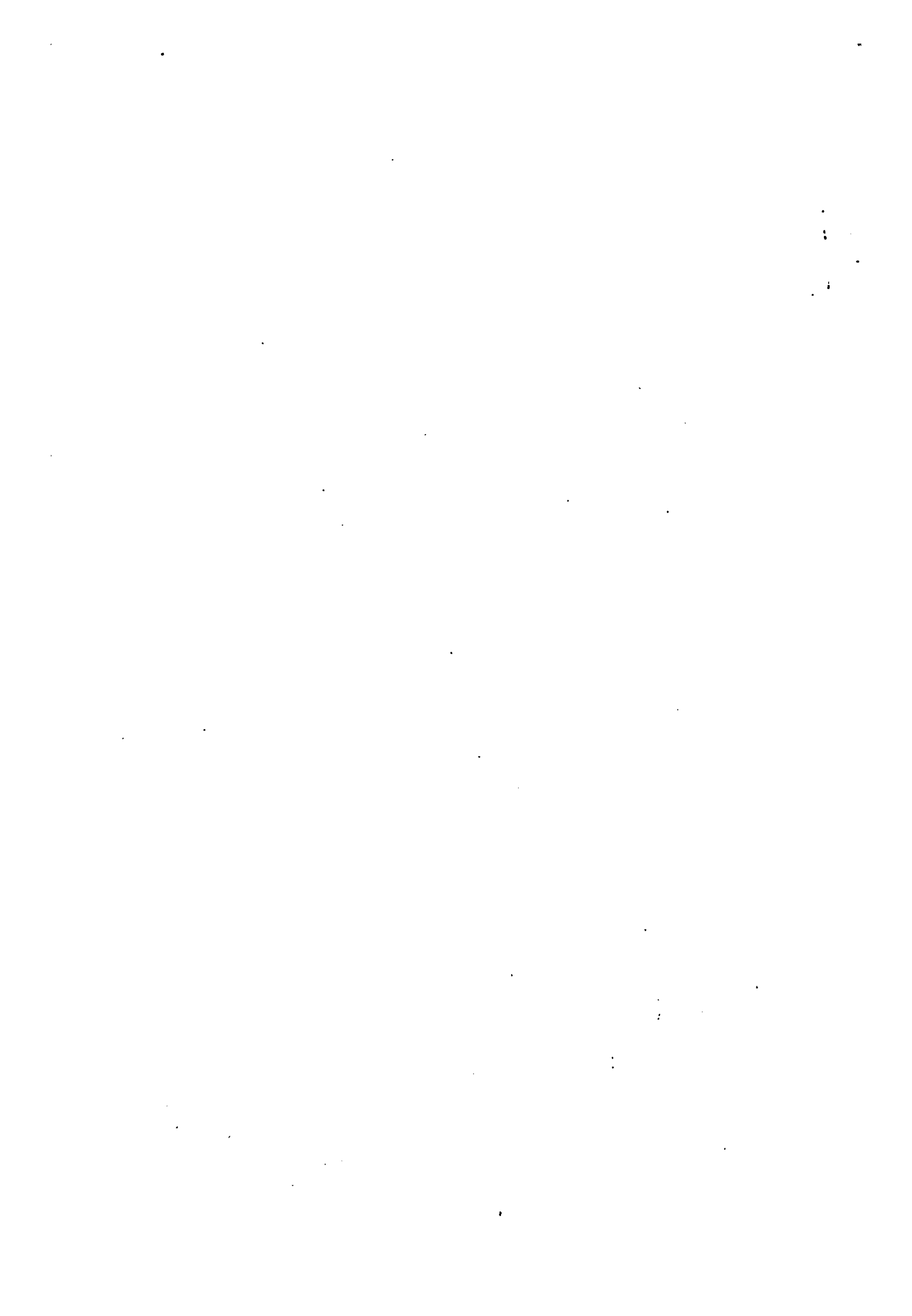
Cómo se vengó el pueblo de la *Mazorca* está escrito: no dejando con vida á uno solo de sus miembros. Como se vengará de la *Comisaría* está por hacerse. Abrigamos la esperanza que ha de escribirse tambien para ejemplo de las generaciones que vengan.

*
* *

La Tiranía del Frac...—Se me ocurre hoy que, efectivamente, está bien encontrado el título para estos apuntes.

Debe darse indistintamente el nombre de tiranía, ha dicho *Alfieri*, á todo gobierno, en el que el encargado de la ejecución de las leyes puede hacerlas, destruirlas, violarlas, interpretarlas, impedirlas, suspenderlas ó solamente eludirlas sin responsabilidad. Que este violador de las leyes sea hereditario ó electivo, usurpador ó legitimo, bueno ó malo, uno ó varios; cualquiera, en fin, que tenga fuerza bastante para usurpar ese poder, es tirano; toda sociedad que lo admita, está bajo la tiranía, todo pueblo que lo sufra es esclavo.

Pués bien: Quintana que usurpa y viola leyes —ha violado la Constitución—y la sociedad argentina que lo admite están en este caso. Yo acuso á ambos.



IV

RECAPITULANDO—EL BRONCE Y LA MELANCOLÍA

Pero al fin ¿qué ha sido ese movimiento que da pié á las autoridades para encarcelar obreros, cerrar locales gremiales, allanar domicilios, clausurar imprentas y hasta poner en acción la violación y el robo? Examinemos.

Hace más de dos años que una fracción politica, la radical intransigente, preparaba un levantamiento revolucionario. La administración anterior hizo fracasar por dos veces el estallido de este movimiento preparado á base puramente militar, tanto que el elemento civil no fué buscado ni aceptado.

Si se deseó ó se pretendió que los gremios obreros cooperaran en el movimiento á objeto de darle ambiente popular, fué solo momentaneamente, pues esta idea hubo de ser abandonada cuando sus directores se dieron cuenta

de la verdadera conciencia y orientación del proletariado bonaerense, desengañado ya por completo de la acción política. Hombres conocedores del ambiente obrero pusieron bien de relieve esta circunstancía y no se volvió á hablar del asunto. Así hasta el día del estallido que tomó de improviso á todos.

¿Con qué fundamento entonces podia pues el gobierno suponer complicidad de parte de los obreros en la fracasada intentona? ¡Con ninguno! No se tomó á un solo trabajador con las armas en la mano; por el contrario, se les buscó y encontró en los talleres, de donde fueron arrancados por la violencia, en sus casas particulares, á altas horas de la noche, en que se les sorprendió dormidos, descansando mal de las fatigas diarias, ó, en la calle, en reclamo de un poco de aire y de luz para sus órganos adoloridos.

Es que lo que se quería era otra cosa. Gráficamente dicho, lo que se queria era aprovechar la bolada del estado de sitio para desorganizar las sociedades obreras cuyo incremento se considera pernicioso por parte de las autoridades, dejadas influenciar por una prensa negociante retribuída á tanto la línea por el capitalismo. Ni más ni menos.

Además, de paso cañazo; podía matarse un diario valiente, en cuyas columnas nadie ha mentido, ni hecho *chantage* y de las cuales brota fuego para todos los latrocinios, para todos los abusos, para todas las cobardías.

Y vino el argumento consabido... ¡La récua es récua siempre! La oveja no se concibe sino

en majada y arriada por el pastor. Al obrero no pueden tampoco entreverlo en otra forma, todas las récuas gubernativas y periodísticas que, anhelantes, giran eternamente alrededor del capital burgués y del presupuesto del estado.

Y se dijeron: las conmociones obreras son el fruto de la propaganda de una cincuentena de agitadores. Pongamos á estos fuera del país si son extrangeros, y á los criollos encerrémoslos, ya que no podemos echarlos. (Sin embargo se puede, como lo prueba el caso de Albigini).

Por segunda vez, entre nosotros, se puso en práctica la deportación á granel y el encarcelamiento en masa. En horas puede decirse que los calabozos porteños desbordaban, habiéndo sido necesario habilitar expresamente un buque de guerra, el *Maipú*, para albergar el elemento más peligroso...

De poco ha servido la experiencia. El acto análogo de 1902, bajo el gobierno de Roca, fué contestado con movimientos obreros formidables como nunca se habían siquiera sospechado en la Argentina. Ya veremos que resultados dan hoy las nuevas deportacienes. No se han dado todavía cuenta estos... señores que lo que habría que deportar sería á las ideas, y estas llegan impalpables, como el éter, para hacerse inconmovibles como montañas que fueran siempre ensanchándose, porque encuentran asiento directamente en los cerebros.

*
* *

Sin poder hablar con nadie, despues de cinco días de incomunicación (he sido incomunicado por tercera vez) me paso algunas horas contemplando el río desde la ventanilla de mi encierro.

Manos cariñosas han hecho llegar hasta mí libros amables. Entre ellos *El Arroyo* de Reclus. Por la mañana he leido en él un párrafo que transcribo aquí porque encierra un gran pensamiento que confirmo con mi propia experiencia. Dice Reclus: «Si los oprimidos no hubieran tenido donde templar las energías y crearse un alma fuerte contemplando la tierra y sus grandes paisajes, la iniciativa y la audacia hubieran muerto ha muchos siglos. Todas las cabezas se hubieran inclinado ante unos cuantos déspotas y todas las inteligencias hubieran caido en una indestructible red de sutilezas y mentiras».

Yo he pasado mi infancia frente á frente de la naturaleza madre. He desarrollado mis energías de niño desafiando y aprendiendo á salvar los peligros que, momento á momento, nos presenta la vida en las pampas. Llegué á la ciudad con el espíritu hecho á la lucha, trayendo mi carga de levadura de rebelión contra todo lo que constituyera un obstáculo para el libre y armónico desarrollo de las facultades individuales. Y, al corroborar la afirmación de Reclus, pienso que este niño, hoy hombre que ha fortalecido su cerebro con el estudio, no

puede ser amedrentado por autoridades que, disponiendo de leyes marciales, de policías, de ejércitos y de escuadras, se les siente templar ante sus mismos prisioneros.

*
* *

Por la noche me envuelve una vaga onda de melancolía. Mecido por ella escribo:

Un palacio flotante, encantado,
Surcando las aguas;
Un pesar en la frente y arriba
Sin nubes el cielo con astros de plata.

Es el cuadro. La noche ha caido
Y con ella germinan nostálgias
En el fondo del pecho del bardo
Que está prisionero, que es libre y que canta!

La tristeza no está en el ambiente,
La llevamos metida en el alma.
¡Es preciso arrojarla hacia el cielo
Sin nubes, que brilla con astros de plata!

Ya está. Pasó la onda... ¡Vengan de nuevo mi maza y mi escudo!

*
* *

Hay conscriptos á bordo. El día de hoy ha amanecido espléndido. Tranquilo, luminoso, alegre. Todo habla de paz, de esperanza, de

amor. De pronto siento un murmullo hacia el lado de proa. Después un grito, después... escuchad.

Un conscripto ha recibido una orden del contramaestre. Aquél hace una observación y este se irrita. Una palabra ofensiva, un rezongo y ¡zas! de un palo el conscripto ha rodado con la cabeza abierta.

Al poco rato el conscripto, herido y vendado, es colocado de plantón en la cubierta del barco. ¡Justicia militar! digo yo. Entretanto el contramaestre se pasea compadronamente. Lleva en su mano derecha el pedazo de astilla partido en la sien del hermano y parece expresar con los ojos: así se irán amansando...

Hay conscriptos á bordo... ¿Sabeis lector lo que es un conscripto? Mejor sería que lo ignoraras siempre. Pues bien, imajinaos. Veinte años, vida libre, costumbres de campo donde existe aún mucho de la sencillez primitiva; nada de rijideces, nada de fórmulas, nada de convencionalismos. Es necesario servir á la patria... Y allá vá el pobre muchacho, lejos, muy lejos del hogar que lo ve partir dándole sus mejores lágrimas. Llega al cuartel ó al barco, lo mismo dá, como atontado. Lo visten de milico, le enseñan desde marcar el paso hasta hacer la venia, todas cosas muy útiles, y lo convierten de hombre libre en maniquí, en cosa, en triste y lamentable cosa, dócil á todas las ordenanzas estúpidas, á todos los reglamentos serviles, á todas las humillaciones concebibles. El hombre libre de ayer, el conscripto de hoy ya no es un hombre, es un

lacayo, un siervo, un ente ridículo y despreciable que comenzará por azorarse de su situación para terminar olvidándose del pasado, convenciéndose que el no es él, que su vida ha sido un sueño y que el mundo no es lo que imaginaba ayer en medio de la pampa ubérrima, sino ese mónstruo sin entrañas, ese ser fatal y frío con livideces de cadáver que ante sus ojos ponen todos los superiores con que tropieza en su existencia de moderno exclavo. Desde su llegada no ha encontrado el infeliz sino superiores... ¡Todos son sus *superiores!*... ¡y él es una piltrafa! ¡Eso es un conscripto, lector!

*
* *

El gobierno está preocupadísimo con nosotros. Del dique 4, donde nos esperaba el *Maipú*, hemos sidos trasladados á la rada como ya queda dicho. De la rada al Arsenal de Marina, de este á la boya nº 5 y de aquí... eso lo sabremos dentro de unos minutos por que, mientras escribo, siento á la máquina levantar vapor. Ordenes y contraordenes. Vaporcito va y vaporcito viene y todavía creo que el mismo comandante del buque no sabe que destino llevaremos... tan reservadas son las instrucciones que recibe!...

*
* *

He tenido nuevas de Montevideo. Están contenidas en un enérgico manifiesto convocando

un *meeting* en contra del gobierno argentíno [illegible] y los atropellos llevados á cabo durante el estado de sitio. ¿Qué podrán hacer en Montevideo por los presos? me interrogo. Pero ¿porqué no han de hacer algo en Montevideo por los presos argentinos cuando en Buenos Aires existe un comité pro-presos rusos? Y téngase en cuenta que en el mapa del Zar solo figuran estas tierras con líneas tan vagas como si aún estuvieran por explorar...

V

LA VIOLENCIA ORGANIZADA — CONTRA SU IMPERIO — EL PROCEDER POLICIAL — TOPOFOBIA — PSICOLOGÍA DEL AGENTE DE INVESTIGACIONES — LA CAZA DEL HOMBRE.

Porque es de oportunidad, transcribo aquí un juicio formulado por mí anteriormente respecto á la institución policial.

Creada, formada con el aparente fin de garantizar el órden en los municipios ó comunas, ha sido, hasta hoy, la policía un terrible instrumento de opresión empleado contra los pueblos por sus mandones.

Como más manuable ha precedido siempre al ejército en todos los actos vandálicos llevados á cabo contra partidos políticos de oposición, contra obreros en huelga y contra toda índole de enemigos considerados por los gobiernos como un obstáculo á la realización de sus ambiciones y caprichos.

Claro está que el concepto público respecto á esta institución es, puede decirse, hasta hoy, otro. Considerase generalmente que la policía es, y debe ser, la amiga del pueblo, su consejera y custodia, su amparo, contra el elemento malsano de efervescencia latente, flotante sobre la marea social á guisa de escoria perjudicial, peligrosa.

No estudiado, digo mal, no vulgarizado aún el estudio moderno, sobre el criminal en relación con el medio ambiente en que se desarrolla, se ha juzgado á aquel como azote, inevitable por otros medios que no fueran los de la violencia y el castigo. Hoy sabemos ya que esto es un error y que la casi totalidad de los calificados delitos tienen por causa las pésimas condiciones económicas en que se agita la mayoría. En cuanto á los casos de delincuencia que, de cuando en cuando, suelen aterrar á ciertas buenas gentes, esos son casos morbosos que, fuera de toda jurisdicción penal, debieran solamente preocupar á los hombres de ciencia tanto como las enfermedades comunes que nos persiguen y diezman. Por lo demás,—y esto va dicho con especialidad para *las buenas gentes*,— tanto valdría aterrarse pidiendo medidas represivas y de venganza contra el hermano epiléptico, la madre histérica, el amigo colérico ó el desconocido con lepra.

Una organización social basada, como la presente, en el despojo, la explotación, la violencia, en fin, no podría subsistir sin los puntales de la fuerza armada. De lo contrario

¿cómo, sin el apoyo de la policía y el ejército, se explicaría la existencia del capital y el estado, esos dos torniquetes que constituyen la tiranía moderna? El estado, en complicidad con el capital, es el que ha traído esta situación desesperante en que actualmente se debate el proletariado de todas las latitudes del mundo. Solo por la opresión puede esquilmarse á hombres que piensen y accionen libremente. Ayer fué posible el engaño, y el clero obraba. Hoy, en pleno período evolutivo hácia la formación de la conciencia individual, ha sido necesaria la fuerza: obra el soldado y el polizonte. Y la opresión es.

*
* *

No queremos *dramatizar*. Animados esta vez de un espíritu analítico vamos á exponer hechos, en la convicción de que su simple conocimiento importará la más tremenda censura á los sistemas de autenticidad inquisidora que, por razones de seguridad pública, según declaraciones recientes, la policía argentina se ha visto obligada á poner en práctica.

A tal extremo ha llegado la cosa que, en realidad, sin exajerar un ápice, puede afirmarse que entre nosotros es hoy casi imposible toda vida pública. Para demostrar este aserto nos bastará con saber que no puede un obrero asistir á ninguna reunión gremial sin que inmediatamente la policía establezca so-

bre él la misma vigilancia que emplea contra presuntos asesinos ó ladrones. Es análoga la medida tomada con los periodistas que, como nosotros, hemos tenido el coraje intelectual de exteriorizar ideas sin temores á venganzas de poderosos ni á ruindades de lacayos.

Y ¡cuidado! que esto que hoy acontece con el obrero altivo y con el periodista conciente se repetirá mañana con el miembro de cualquier futuro club político. ¡Verdad es que, recien entonces, el vocero del flamante partido, el órgano de círculo, levantará su voz de protesta clamando al cielo por el libre ejercicio de los derechos constitucionales conculcados!..

*
* *

Existe una rama del poder policial que merece nuestra preferente atención. Nos referimos á la ya celebérrima *comisaría de investigaciones*, síntesis abominable del más descarado y cínico rufianerismo.

¿Queréis saber lo que es un agente de investigaciones? ¿Queréis penetrar en su estructura psicológica? Tomad al más deformado de los séres, por una educación atávica de siglos de sumisión y hambre, atravesados por generaciones precedentes; ponedlo en un medio depresivo y corruptor donde la revelación de todo lo bajo, de todo lo innoble, de todo lo puerco que el hombre ha conservado en sus carnes, tiene premio; donde la delación co-

barde, el rastreo en las sombras, la traición, el engaño, la perfidia, todas estas cosas sucias, son moneda corriente y apreciable; agregad á esto todo lo que vuestra imaginación sea capaz de sugeriros en sentido descendente, un poco de instinto de animal de presa, por ejemplo y tendreis presente, de cuerpo entero, daguerreotipado ante vos el más acabado tipo del *agente de investigaciones*.

Felizmente y para consuelo de la especie hoy ya el pueblo, con su intuición innegable, ha dado á este *empleado público* el sitio que en realidad se merece. Hoy dice: ¡es un pesquisa! con el mismo tono y el gesto de desprecio que exclamaría: ¡es un sinvergüenza! Y el pueblo tiene razón. Mañana lo lapidará en la calle. Y hará bien.

*
* *

Ahora escuchad los procedimientos. Un día un pobre hombre cae en las garras de estos animales feroces. (Tened siempre en cuenta que no *dramatizo*, expongo hechos). Se le acusaba de un *importante robo de alhajas* (así decían las crónicas de periódicos) realizado, naturalmente, en casa de millonarios. Imprescindible era encontrar al autor del robo. El *honor* de la comisaría estaba de por medio...

Pero el pobre hombre no confesaba. Entonces hubo que convencerlo del crimen. Y para ello se forjó un infierno. Sin dejarle dormir

la anterior se le condujo una noche al despacho del jefe ó sea al sitio de tortura.

—*Confesá que sos vos el autor del robo*, se le dijo allí.

—No señor, contestó el preso. E insistieron; él también. Se le llevó á dormir. ¡Oh, ansiado descanso!

Y aquí viene lo terrible, lo infernal, lo dantesco. En cuanto el preso conciliaba el sueño la voz del carcelero sonaba, imperiosa, en sus oidos:

—¡Lo llama el jefe!

Se le obligaba á acostarse vestido y, ayudado por el guardian, partía.

Y otra vez en el despacho.

—*Confesá que sos vos el autor del robo.*

—No señor, contesta el preso.

Ellos insisten. Él también. Y se le lleva á dormir.

Después... Repetid la escena, con la insistencia del que se propone un fin y llegareis á este. El preso confiesa el robo y un inocente compra el derecho al sueño con una condena infame. Dos años después el verdadero autor del *robo importante* era descubierto por casualidad y por un niño. Esto no impidió que, tanto en una como en otra ocasión, un diario de gran tiraje elogiara la perspicacia y la utilidad de la celebérrima comisaría...

*
* *

Ahora bien, el dolor de uno es el dolor de todos. Así hoy, así ayer, así mañana.

No puede, pués, herirse á un solo miembro de una colectividad sin que esta sufra las consecuencias del golpe. En ocasiones, lo hemos visto, cuando ocurre un abuso, un atropello, provocado por la autoridad contra los mismos por quienes dice velar, la falta de conciencia individual hace que la protesta no surja, que el grito de indignación no se condense, que el movimiento de defensa no se note ni se transforme en acción. Pero esto no es sino producto de una lamentable ignorancia, resultado de una educación falsa en que aparecen como factores primordiales, los privilegios de clases, de grupos, de familias, reduciendo á un límite estrecho y estupidamente egoista los intereses humanos, cuyo desenvolvimiento progresivo no puede, no podrá realizarse nunca, sino á base de verdadera solidaridad.

Enfermos de topofobia los hombres que entre nosotros desempeñan hoy altos puestos públicos, sienten, como aquel infeliz maniaco que en sus *Almas ausentes* nos pinta Martínez Sierra, horror de los espacios anchos y descubiertos. De ahí todo el mal que nos aqueja. De ahí que todo un profesor de derecho — el Dr. Rodríguez Larreta lo es de la Facultad de Buenos Aires—haya llegado á un Ministerio para reducirse unicamente á contradecir, en la teoría y en la práctica, uno por uno los preceptos de la *gran carta fundamental*.

Un altísimo pensador, á quién nadie ha podido tachar de sectarismo, parcialidad ó utopismo, Spencer, ha dicho que el porvenir nos reserva formas sociales ante cuyo esplen-

dor palidecerán todos los sistemas de organización ideal que pudieramos formular hoy.

¡Que gesto de conmiseración tendría el sabio para aquellos pobres seres que, en la actualidad, pretenden dar término en la Argentina á un movimiento que, como el que se opera en las filas obreras, obedece á causas tan profundas, generado por ideas cuyo proceso nadie podria detener sin provocar convulsiones y abortos de funestísimas consecuencias sociales!

*
* *

En nuestros días de prisión nos ha sido dado presenciar, ú oir referir, escenas llenas de sugestividad que bien pueden darnos una idea muy aproximada del sistema opresivo é injusto puesto, invariablemente, en práctica por la institución cuyo proceso realizamos.

Voy á ocuparme hoy de una de ellas, la más relevante, quizá. Se trata de un *ladrón*, tal vez la más lastimosa de las víctimas. Este sujeto, á quien conocí hace tiempo, resulta un verdadero robado por la policía. Hagamos un poco de historia. Se trata de un hombre joven que, allá por el año 1895, ocupaba el puesto de jefe en una modestísima estación de ferro carril. Sueldo escaso por cierto: ciento veinte pesos, después de cuatro años de encorvar la espalda sobre la taquilla. Un día, necesitando un poco de dinero—¡y teniéndolo tan cerca quién no lo hubiera hecho!—echó

mano á la caja con la intención, naturalmente, de reponerlo á fin de mes cuando recibiera el sueldo. Como siempre, llegó el fatal término, no le fué posible cubrir el déficit (37 pesos!) y, descubierta la falta, vino el castigo. ¡Y qué castigo! La empresa, inflexible, lo entregó á la *justicia!*... Mejor hubiera sido entregarlo á la muerte.

Nuestro hombre, como es de suponer, después del formidable delito, es condenado. Como es de suponer también, una vez en las garras policiales, fuera del alcance del favoritismo oficial, que solo ampara á los Silvetti políticos, asesinos de encargo, cumplió su condena y... ¿salió á la calle á ser de nuevo hombre honrado, diréis, después del escarmiento? Pues no señor. El que *cae* una vez es hombre al agua. No se levanta más. Mirad porqué. Puede el estigmatizado tener propósitos de enmienda, sí. Pero, para que esos propósitos se cumplieran, necesario, indispensable, sería que la sociedad ayudara. Y yo pregunto: ¿Quién dá trabajo al que cumplió una condena? ¿Qué empresa ladrona, de esas que inducen á sus empleados á defraudar al fisco, por ejemplo, qué particular, de esos que comercian hasta con hambres de pueblos, concesionarios leoninos, agiotistas y usureros aceptaría en su escritorio, al borde de sus libros ó al pié de su arca, al preso de ayer? Ninguno.

Pero al preso la ley le ordena vivir. Y para ello, forzosamente, tiene que echar mano de otra caja. Entonces, reincide. ¡Ay de él!

Imaginaos el más terrible de los suplicios,

la más espantosa de las persecuciones, el más desesperante de los tormentos. Y todo será pálido ante la enorme verdad. Mirad bien..... Se trata de un ladrón, ya lo sé, no tanto como algún presidente de república sud-americana ó ministro de obras públicas, es cierto, pero un ladrón al fin. Bien. El ladrón ha cumplido dos condenas, (los otros ninguna) y ya está en la calle; pero con vigilancia. Es ahora *ladrón conocido* y su retrato ha circulado en todas las comisarías seccionales. ¿Adónde irá el buey que no are? ¿Adonde irá el pobre ladrón que no le conozcan los galgos civiles? La caza del hombre, empieza, terrible, feroz, sin piedad. Cruza una plaza, alguien le grita detrás. Dá vuelta, mira, vé al galgo y huye. Suena un pito y en la esquina lo detiene la punta de un sable.

—*¡Páselo no más!*

—*¡Pero, señor, si no he hecho nada!...*

—*Yo te voy á enseñar. Ya te he dicho que no me pisés la sección...*

—*Bueno, pero...*

—*¡Páselo, le he dicho! ¡No hay pero que valga!*

Y así termina la escena al aire libre. Después el pobre ladrón vá preso por desorden... Total: ocho días de arresto. Claro está que esta escena se repite en todas las demás secciones. ¡Y son 32! 32 x 8 = 256. Después vuelta á empezar. Y así hasta que reviente.

Pero, ¿por qué? preguntará, asombrado, el lector, agregando lógicamente: ¿Si la pena ha sido cumplida, si la vindicta pública fué ya

satisfecha, por qué la persecución? ¡Oh, la caza del hombre! Es un sistema. El secreto me lo ha revelado uno de los mismos empleados policiales. Hélo aquí: Toda comisaría trata, por cualquier clase de medios, de que en el radio á su cargo se cometan la menor cantidad de delitos posibles. Ahora bien, como se presume, no sin fundamento, que los probables autores de los futuros delitos han de ser los delincuentes conocidos, se ahuyentan á estos por el medio expuesto.

¡Hay que tener limpia la sección, dícen! Y, naturalmente, ellos no pueden pisarla...

¿Y los pobres ladrones, que han purgado sus faltas? ¿dónde viven entónces?

¡No viven! Esa es la enorme verdad. ¡Oh, la caza del hombre!

VI

EN LA SANTA... CRUZ...

¡Gracias! : ¡hemos visto un día más!... Hoy, 23 de Febrero de 1905, despertamos en la rada á bordo del transporte *Santa Cruz*, rodeados de gente amable. Hemos cambiado de cárcel y de carceleros, ganando indudablemente en el cambio. Aquí se nos espera y se nos recibe cariñosamente... Desde que subimos á cubierta encontramos caras francas, libres de sombras, talvez risueñas, que parecen decirnos: aquí se les conoce, ya se sabe quienes son Vds.; no teman que se les desconfíe como en el otro barco, ya verán... Y así fué. La oficialidad del *Santa Cruz* ha demostrado verdadera simpatía para con los presos tanto que á las pocas horas de permanencia unos y otros, oficiales y presos, confundidos, departían como amigos viejos sobre cuestiones políticas y sociales, sin que por un momento una frase personal ó chocante

alterara esa cultura envidiable en toda discusión de ideas. Porque se discutieron ideas, si señor; con toda la elevación de lenguaje que cuadraba á nuestros presos y á estos oficiales únicos que más que carceleros llegaron á parecernos camaradas. Desde nuestro arribo al *Santa Cruz* desaparecieron las incomunicaciones y las terribles vigilancias; nada de centinelas ni de límites, el barco se diría nuestro, evaporándose, como por encanto, las obsesionantes sombras que hasta ese momento no nos abandonaran ni aún frente á las ocupaciones más inferiores y personales... ¡Gracias! : ¡hemos visto un día más! y el día no es malo del todo...

*
* *

Nuestras barbas han crecido en tal forma que alguien piensa regresar á Buenos Aires evocando la imagen del *mesías* de Barracas. Francamente: nos incomodan las barbas. Necesitariamos de un peluquero que nos limpiara las caras. Entre los compañeros había dos profesionales de la tijera y la navaja pero se les ha deportado. Mientras hacemos proyectos para resolver el caso, se nos ofrece la solución como por encanto. En el *Brown*, anclado á trescientos metros, hay peluquero. Si lo deseamos se le hará llamar. Media hora despues teníamos peluquero.

Y he aquí que este buen obrero ha sido protagonista de un episodio que pudo ser dra-

mático y que ha tenido la virtud de hacer sonreir bufonescamente á un fofo cronista marítimo. Se hizo la noche y el peluquero abandonó el *Santa Cruz* en el pequeño bote que le trajera, el *chinchorro* del *Brown* servido por cuatro remos y un timonel. Habiase levantado viento y la corriente era brava, aunque el río traidor escondiera su potencia á nuestra vista. El débil *chinchorro*, arrebatado en la onda, no podía aproximarse al *Brown*, pese al esfuerzo heroico de sus tripulantes á quienes divisabamos con ansia desde cubierta. ¿Qué hacer? El *Santa Cruz* no podía enviarles socorro porque no los tenía. Extrañando que el *Brown* no lo hiciera se resolvió hablarle por medio de señales, levantándose en el puente una luz roja. ¡Peligro! se dijeron en el *Brown*, nuestro buque vigilante, y un fuerte pantallazo de luz de su poderoso foco eléctrico nos azotó, curioso é inquieto. Como se pudo hizoseles entender que el peligro existía pero no á bordo. Y entonces vimos desprender una lancha, la más grande, doce remos, en auxilio del *chinchorro*. Al poco rato las dos pequeñas embarcaciones, impotentes, seguían á merced de las olas sin poder dominarlas. La expectativa iba pues en aumento. Felizmente pudieron, más tarde, recostarse en el pontón faro, donde pasaron la noche estos diez y ocho hombres, cuya vida habíamos visto expuesta durante varias horas sin poder aportarles el más mínimo socorro.

Ahora bien, este hecho, á punto de convertirse en drama, dió margen á un cronista miope, que quiso echarlas de travieso, para

describir *las desventuras de un anarquista,* tomando por tal al buen *Figaro,* el hombre gordo, según su expresión, con más aspecto de buen burgués que de libertario..... lo que equivale á decir que estos deben ser todos flacos. ¡Sí, como espinas que han de clavarse en la entraña de todos los ventrudos y sus *pagables* cronistas!

*
* *

Un oficial del *Santa Cruz* me interroga, diríase afirmando.

—Los diarios no dicen una palabra sobre ustedes.

—Así es. Les está prohibido...

—¿Quiere significar eso que si mañana nosotros recibimos órden de fusilarlos esta actitud de silencio continuaría?

—Así entienden hoy su misión los periodistas criollos. ¡Qué quiere hacerle!

—Su misión... los periodistas... ¿Qué misión es esa?

—¡Hacer negocio, amigo! Dése usted cuenta que esos hombres en lugar de un almacén han instalado una imprenta lanzando una hoja á la calle. La misión, pues, es vender papel impreso en lugar de arenques ó galletitas...

—¡Entendido! Esa *su... misión* está explicada entonces!...

*
* *

Acude á mi memoria una reflexión formulada sobre los *gringos*. Ahí vá.

Entre América y la muerte han elegido la América, poniendo en esta su última esperanza. Llegan trayendo en los ojos la visión de los campos fecundos con que ellos han soñado, durmiéndose al arrullo de cantos de leyenda echados á rodar en sus países por bocas interesadas en traer al mundo nuevo todos los brazos sobrantes en las demás latitudes.

Vienen—montón de energías y amarguras—corridos por leyes brutales, por contrastes crueles originados por los mismos hombres. Son víctimas que huyen. Salen de las llamas para caer en las brasas. Han entrevisto la pampa ubérrima, que, generosa, debe darles mil por uno, con instituciones libres, libres para todos,—tierra, cielo y ríos, al decir de Sarmiento,—con hombres, con hermanos de almas abiertas al porvenir, á la vida. ¿Y después?... Preguntadles. Llegaron para volcar en la tierra jóven el vigor de su músculo y el de su cerebro con la misma lamentable finalidad con que lo hicieran allá en la Europa carcomida. ¡La cuenta no les ha salido! Uno que otro pudo, al fin de una brega ruín en la que sacrificó todo lo bueno de su organismo, triunfar sobre la miseria propia á costa de la agena, haciéndose verdugo de los mismos que arribaron con él en busca de sosiego. Es que

la violencia, disfrazada ó nó, domina aún en el mundo cubierta la espalda por el manto imperial ó la cabeza por el gorro frigio. Por eso aquí, en medio de las tierras fecundas, reinan el mismo dolor, idéntica superchería, iguales sombras...

Y los pobres. los buenos, los laboriosos gringos, encuentran que, en el país casi vírgen, la lepra ha hecho también su presa porque, erroneamente, se han imitado en él los sistemas políticos del mundo carcomido, la organización económica, la forma de explotación del trabajo, la educación del niño y la del hombre, todo, en fin, todo lo absurdo cuyo resultado no puede—¡recién nos apercibimos! —ser otro que el conocido.

*
* *

A fé que la carta recibida hoy tiene originalidad é interés. Ved, sino:

Querido compañero Ghiraldo:

En una discusión suscitada anoche—todavía se discute en Buenos Aires, pienso; vaya, ¡menos mal!—se nos ocurrió finalizarla resolviendo consultaros el punto orígen de aquella.

Deseamos, pués, conocer vuestra ilustrada opinión al respecto.

Aunque, supongo, no estaréis para estas cosas, os pido, si no hay mayores inconve-

nientes, contestéis á esta pregunta: *¿Qué ha sido ó es más perjudicial á nuestra causa: el clero ó el militarismo?*

Vuestro y de la R. S.

L. VICENT.

—

Contesto:

A. L. VICENT.—Buenos Aires.

Habéis supuesto mal. Yo siempre estoy para *estas cosas*, vale decir para las cosas de que me habláis en vuestra carta de hoy.

En síntesis esta es mi opinión:

El clero, la astucia, el rastrerismo, el procedimiento bajo, la acción en la sombra, en una palabra el jesuitismo, el engaño, se apoyan en la fuerza armada, el ejército. Es decir, estas dos fuerzas, estos dos males, se ayudan, se protejen, se complementan.

No sería por cierto fácil determinar cual de las dos entidades influye más decisivamente como obstáculo en la vía emancipadora. Por otra parte poco importa esta determinación exacta. Baste saber que el mal radica en ambas y que la lucha debe dirijirse por igual contra los dos males aliados.

Para un antimilitarista sectario, es decir, para aquel que no vé el problema social en toda su amplitud, la destrucción del ejército importaría seguramente el triunfo de la causa humana, así como para un anticlerical la destrucción de la iglesia constituiría el *sumum* de las conquistas de la idea.

En la lucha entablada por nosotros, lucha abierta, de horizontes ilimitados, tenemos que considerar al enemigo como si estuviera compuesto por un solo cuerpo. Así, al ejército y el clero debemos añadir este otro tentáculo, el capital, ya que todos van á parar ó por mejor decir, pertenecen al gran pulpo: el estado, resúmen, síntesis de todas las tiranías, ya que en todas se apoya, con todas tiene tratos y compromisos.

No basta, pues, que pensemos en combatir, anular uno solo de estos brazos, de estas fuerzas si han de quedar potentes y terribles, amenazando la vida, talvez armados de más poder los congéneres.

El problema fundamental es este: destruir todos los obstáculos que se opongan al libre desarrollo de nuestras facultades. Solo así podremos afirmar que realizamos obra revolucionaria, obra de progreso, tarea anárquica enfin, verdaderamente anárquica.

*
* *

Los socialistas de Buenos Aires acaban de lanzar dos manifiestos dirijidos á la clase trabajadora con el fin de explicar el significado de la hostilidad gubernativa y *aconsejar el mejor medio de neutralizarla.*

Entresacamos de esos manifiestos:

«En ciertos períodos de la evolución, las reacciones de la burguesía son el índice de la

fuerza obrera: tanto más fuerte es la reacción burguesa, tanto más fuerte es el movimiento obrero. El proletariado de la Argentina, consciente de su fuerza, de su derecho, y de su misión civilizadora, sabrá imponerse en esta emergencia, como se impusiera, en situaciones análogas, el proletariado de otros países».

«La actitud agresiva y brutal de la clase capitalista, fielmente representada en el actual gobierno, nos obliga á que adoptemos una enérgica resistencia, imprimiendo á nuestra acción un carácter netamente revolucionario, puesto que la burguesía, incapaz de combatirnos dentro de la legalidad que ella misma ha creado, de ella se extralimita, recurriendo, para la defensa de sus privilegios, á medidas coercitivas y violentas que demuestran cuan grandes son sus deseos de ahogar el saludable espíritu de rebeldia contra la sociedad actual, que se acrecienta en nuestros pechos proletarios».

. . . .

Entretanto pienso con Spencer: sea cierto ó no que el hombre es hijo de la iniquidad indudable es que el gobierno ha nacido de la agresión y por la agresión.

*
* *

Entre los nobles amigos que me acompañan, —todos flores de luz, frutos sazonados de espíritus selectos,—figura un hermoso libro:

«Los problemas de la naturaleza». Su padre: Augusto Laugel.

Para los que nos motejan de perturbadores, amigos del desgobierno ó sea el caos, entresaco del libro estas frases cuya meditación recomiendo:

«Ir del átomo al infinito, es ir del orden comprensible al incomprensible, que llamamos el desorden; de las relaciones numéricas simples á las relaciones complejas; de las formas geométricas á las formas indeterminables.

El movimiento de las cosas creadas se lleva al hombre en su irresistible violencia; sin cesar mira huir tras si las orillas del pasado y hacerse las del porvenir.

Las apariciones de los cometas, la caída de los aerolitos y de los bólidos, las nebulosas indisolubles, representan, en el mundo estelar, el desorden, es decir, un orden cuya ley se escapa á nuestra tímida razón.

Ninguno de nuestros sentidos puede percíbir el *éter*, pero nuestra razón lo percibe, y la ciencia no es sólo hija de la observación, que lo es también de la razón.

La observación de nada sirve á la ciencia, cuando no es *comprendida*, es decir aclarada por la idea.

Así es como muchas harmonías naturales se ocultan bajo apariencias que, al pronto, turban y confunden el espíritu».

Bien pues: la *Anarquía*, defendida por los más grandes filósofos actuales y perseguida por todos los ciegos, es eso, me digo: una

harmonía natural ocultada por apariencias que, al pronto, turban y confunden el espíritu.

Si así no fuera ¿cómo explicarnos el hecho de que la inteligencia humana no conciba un estado social distinto y superior al actual, en que desaparezca el Estado, el Capital y la Iglesia, bases, piedras angulares de la tiranía moderna?

¡Ah, la tímida razón!...

*
* *

Martes 28 — Un dato, malo, ó bueno, ¡que se yo! Son deportados tres nuevos compañeros. En momentos que comenzaba á escribir una carta llega la orden. Temprano un vaporcito atraca junto á mi camarote. Asomo la frente. Veo en él un grupo de empleados policiales, los perros que nos han echado encima. Por el ojo de buey les grito: ¡héroes, salud!... Ellos, furiosos, miran fuerte; yo entonces les escupo. Después quieren matarme... y pienso: ¡no podrán hacerlo nunca!...

Los deportados son: Alfredo Iglesias, Emilio Saavedra y José Tellechea.

*
* *

1° de Marzo — Nos despertamos con otra novedad. Al compañero José Orueta, argen-

tino por más señas, se le comunica la orden de su deportación. Orueta es miembro de la Confederación ferrocarrilera. Indudablemente, arguyo, Quintana, desde su puesto de presidente argentino, continúa cobrando honorarios á las empresas... (1)

*
* *

Marzo 4 — Hoy sabemos que el compañero Orueta no ha sido deportado. Se le ha puesto en libertad después de una comedia infame cuyo escenario ha sido el Departamento Central de Policía. Sabiendo que Orueta tenía madre la policía hízola citar á la misma hora que el preso era desembarcado del *Santa Cruz*. Asustada la pobre señora por las cobardes amenazas policiales pidió al hijo, con lágrimas en los ojos, que se sometiera á las exigencias encerradas en aquellas amenazas, firmando un documento por el cual se comprometía á no tomar parte en ninguna agitación obrera futura...

A Orueta le pareció ridículo el caso y protestó de semejante pretención policial. La protesta le valió un castigo inmediato. Por fin las lágrimas de la madre le vencieron y Orueta firmó el documento.

(1] El Dr. Manuel Quintana ha sido abogado-consultor de todas ó casi todas las empresas de ferrocarriles de la república

¿Qué pretende la policía al jugar así hasta con los más caros sentimientos que pueda albergar el corazón de un hombre? El documento de la referencia no tiene, no puede tener importancia legal posible, ni de ninguna clase. Firmado bajo la amenaza y el castigo, frente á la tortura del más querido de los seres y en momentos que una ley marcial amparaba los más inícuos atropellos autoritarios ¿es creible pensar siquiera que este preso lleve su *honor* hasta el cumplimiento de un compromiso exigido por los más deshonestos de los hombres?

*
* *

Marzo 6 — Domingo de Carnaval. Amanece lloviendo. Mi espíritu está risueño. Escribo:

A bordo del Santa Cruz.

MARIA JULIA:

Anoche estuve de banquete. ¡Asómbrate! Con álguien, que no puedo nombrarte, bebimos una botella de Jerez acostándome recién á las dos de la mañana. Una calaverada á bordo. ¡Si supiera el gobierno! ¡No vayas á delatarme!...

Ya vés que, aún cuando en verdad no hayamos nosotros abierto demasiado los brazos, esta *Cruz* no es, todavía, la del dolor... ¡Miéntras preparan la verdadera vamos nos-

otros prendiendo el fuego que ha de abrasarla!...

Ahora ¿quiéres saber mi vida á bordo cuando no *calavereo?*... Me desayuno á las seis, almuerzo á las once con un apetito bárbaro, devoro galleta y bebo mate cocido á las dos. Después duermo la siesta y escribo. Leo á Spencer, bebo vino, aspiro aires puros y estoy encarcelado... ¡Viva la vida! He adquirido fuerzas nuevas, tengo treinta años menos y cuando regrese á tierra voy á encontrarme más fuerte que nunca, tanto que voy á sentirme capaz de llevarme por delante hasta las mismas casas, comenzando por la de gobierno! ¡No vayas á delatarme!...

ALBERTO.

*
* *

A bordo del Tritón

Lúnes de carnaval, 7 de Marzo de 1905—No me cabe la menor duda: ¡he sido delatado!.. Con esta fecha, á raíz de un decreto prorrogando por sesenta días el estado de sitio, el gobierno de Quintana ha ordenado mi expatriación...

He aquí el decreto:

Buenos Aires, Marzo 4 de 1905.

Siendo necesario consolidar la confianza pública en la paz interior, conmovida por los

sucesos del 4 de febrero ppdo., y adoptar las medidas preventivas que aseguren la libre circulación del comercio interno y externo del país en sus relaciones con la producción nacional y sin perjuicio de proponer oportunamente al H. Congreso la reforma de la legislación militar y civil destinada á afianzar el órden constitucional.

El Presidente de la República, en acuerdo de Ministros:

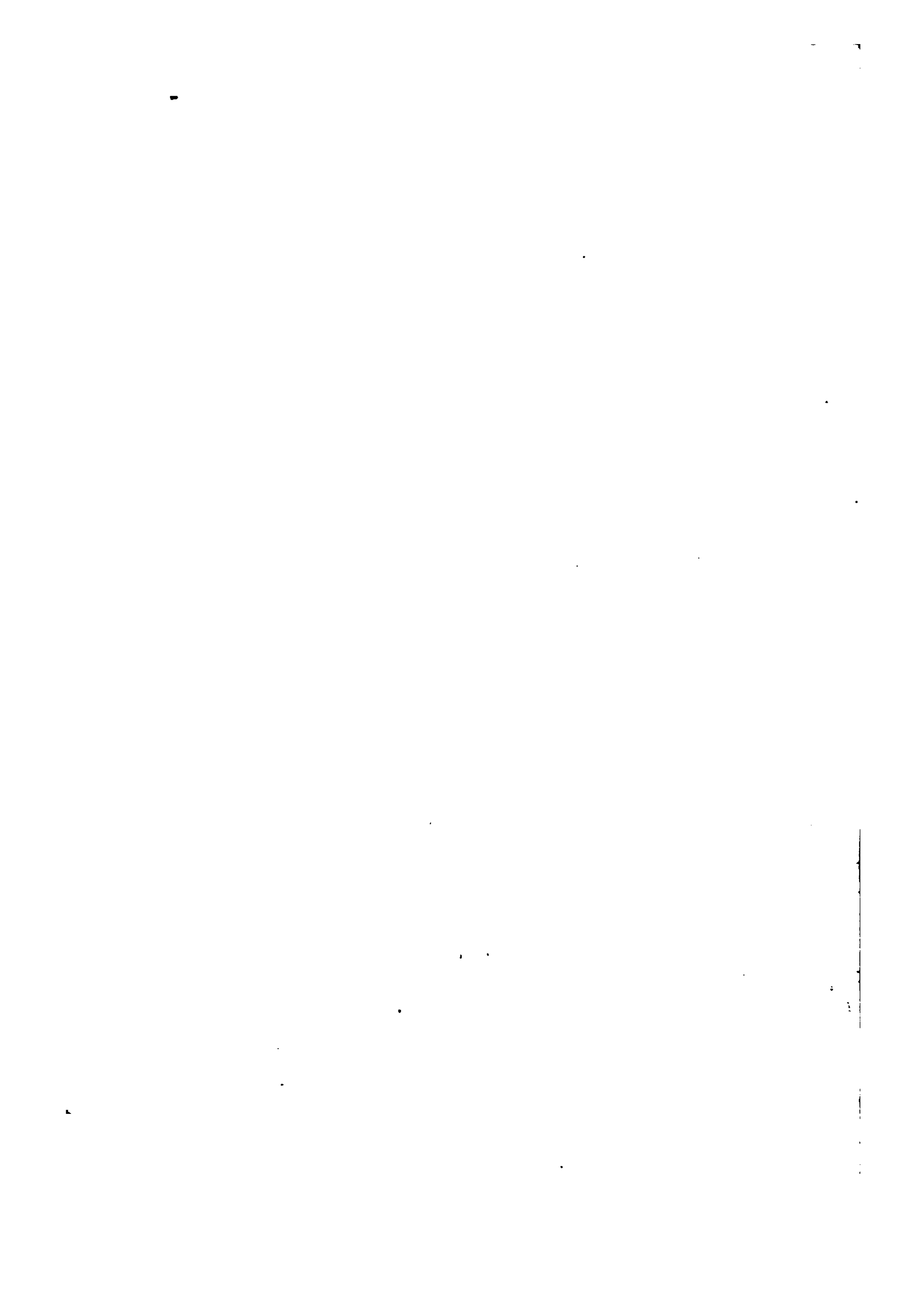
DECRETA:

Art. 1°. — Prorrógase por sesenta días el estado de sitio decretado con fecha 4 de febrero último.

Art. 2°.—Comuníquese, publíquese, insértese en el registro nacional y dése cuenta al H. Congreso.

QUINTANA, etc.

Y ahora, en gloria á la verdad guiadora de mis actos, debo declarar que nunca, con más firmeza que hoy en que navego rumbo á tierra extraña, he pensado que la patria del hombre es el mundo. ¡Viva la patria del hombre!



VII

BRAZOS AL AIRE... PALABRAS Á «GAVROCHE»

Montevideo — Martes de Carnaval.

MARÍA JULIA:

He aquí, como te prometí, mi *diario* de viaje: Llego al *Triton* bajo un diluvio. La primera cara con que tropiezo es cara amiga. —Ghiraldo á bordo... desterrado! —Sí, hombre— ¿Y Vd? ¿Sale para Montevideo? ... Vaya, pienso: ya tengo un compañero y un guía. El amigo es un excelente muchacho oriental que va á su tierra llamado por la familia.

A todo esto el buen señor que me acompaña no me abandona ni me abandonará hasta que el vapor se ponga en marcha. Cumple así su misión policial. ¡Pobre señor!... Con

tanta agua y tener que desembarcar... Decididamente: ¡le compadezco!...

Minutos más y estamos en viaje. Se me indica mi camarote, entro en él y me encierro. ¡Diantre! quiero estar sólo un momento; digo, sólo con Vds. Abro el paquete que me enviaste, leo tu carta y me perfumo de *Ideal*... *¡Souvenir!* El letrero del frasco me ha alegrado la vista. ¡Ah! manos buenas digo, sonriendo, al sospechar que alguien se horrorizaría al saber que esas manos buenas se ocupan de este bandido...

. . . .

—¿Y Vd. no come, señor?... Hace media hora que se ha tocado la campana...

—¡Qué me cuenta! Llegaré á los postres; ¡no importa! exclamo haciéndome la ilusión de que ya tengo en el estómago la sopa de casa...

Bueno, no como sopa porque la que me traen es inmunda, pero, en cambio, hay mucha luz y mucho aire en el salón donde estamos y entonces yo resuelvo beber aire y comer luz... Después los postres: fruta fresca y luciente, un helado, un sorbo de licor; y el mundo otra vez es mio! Así hasta Montevideo.

. . . .

Y aquí estoy. No sé todavía adonde iré á parar... (no faltará quien afirme que á alguna mala parte...) pues no se me ocurre buscar cueva hasta que llegue la noche. Ya encontraré algún agujero...

*
* *

Mayo, jueves 14

¿A dónde iba
Por el rudo peñón cortado á tajo?...

Ato el hilo. Después de un mes de prisión acababa de desembarcar un día de carnaval en una ciudad extraña donde no esperaba, ni aún por sorpresa, encontrar un rostro amigo fuera de los compañeros de destierro que me precedieran.

Resuelto á no apresurarme por encontrar alojamiento, dado el caso de que era dificil hallarlo (los hoteles estaban llenos de forasteros con motivo de las fiestas que se celebraban) dejé mi balija en el primer bodegón con que tropezara y desde el cual te escribí mi primera carta, echando á andar sin rumbo por calles desconocidas. El guía de que te hablé tuvo que abandonarme requerido por diversos asuntos que me explicó pero de los que no hago memoria.

Por lo demás, quería, necesitaba estar sólo para meditar mejor sobre mi situación nueva.

¿Medité? Lo ignoro. Sé sí, que vagué, vagué y divagué mucho hasta que el cansancio y el hambre dijeron ¡alto! á mis músculos y á mi pensamiento.

Almorcé y me puse triste. Entonces bebí vino y fué peor, porque tuve

Alegre la tristeza y triste el vino...

Salí á la calle, y respiré aire de fuego con

emanaciones marinas, tropecé con una comparsa de negros y me encontré con *Gavroche*...

Gavroche creía que yo estaba preso en la Isla de los Estados y tuvo, al verme, una gran alegría. Y, entonces, yo también me alegré.

—¿Dónde vive, niño?

¡Cómo sentía no poderle ofrecer mi casa á *Gavroche!*

Gavroche sí tenía casa. Vivía cerca del río en una vieja carreta de bañistas. Le debo aún mi visita. He de pagársela. Me ofreció su carreta y, como no la aceptara, me reveló un descubrimiento que me fué de gran utilidad.

Gavroche fué quien me llevó al Hotel Internacional donde él sabía que media hora antes acababa de desocuparse una pieza con balcón á la calle y corso en la idem. ¡Imagínate!

Te advierto que *Gavroche* ha sido mi compañero durante los dos primeros días de mi estadía en Montevideo. Vende diarios y trajo á mi cueva los que se ocuparon de mi llegada.

¡Pobre *Gavroche!* Lo que ha visto mucha gente en mi pieza ha desaparecido como por encanto. Tendré que irlo á buscar en su carretón. Ha de estar resentido. Estos amigos leales son así.

Después de escrito esto pienso que estoy en un error. ¿Crées tú que *Gavroche* pueda haberse resentido? ¡Bah! Se aburría y se marchó. ¡Qué diablo! Y creo que había razón para

ello. ¡He tenido unas visitas!... Claro está que no me refiero á todas. Pero las que han de haber aburrido á *Gavroche* yo las conozco. Y si tú las hubieras visto también las conocerías. Figurate unos papanatas que no venían sino *por conocerme* y á hablarme mal de todo Montevideo. Papanatas y malos... ¡Ya les daré yo! Como supondrás he de eliminarlos de mi lado y para esta obra he de llamar en mi auxilio al mismo *Gavroche*...

En cambio, más tarde, me he encontrado con buenos amigos y camaradas en los cuales ni había pensado. Ya te hablaré de ellos en la otra.

*
* *

Marzo — Domingo 19.

Quedé en mi última comprometido á hablarte de los buenos amigos encontrados en ésta. Ahí ván algunos nombres que, á buen seguro, no han de disonar en tus oídos como cosas desconocidas.

. . . .

A veces, en alguna reunión de café ó de teatro, he llegado á olvidar, por un momento, que me encontraba fuera de Buenos Aires y en calidad de desterrado. La vuelta á la realidad ¿porque negarlo? solía ser dura, pero el trago acibarado pasaba siempre por la boca

de mi alma después de un gesto y de una mueca que, indudablemente, han de haber asombrado á los circunstantes porque, en su extrañeza, había de dolor, de voluntad y de esperanza, tres cosas fuertes que no me han abandonado nunca en mis peregrinaciones y que quisiera transfundirlas á quienes me escuchan puesto que, para mí, constituyen éstas las tres piedras angulares de una escuela de energía.

Volviendo á *Gavroche*, y á propósito de los buenos amigos, te diré que *Gavroche* no cree en la amistad. Pero es que *Gavroche* tiene un concepto falso de la amistad, cuya existencia solo la concibe aparejada con el sacrificio ó con la capacidad en el sujeto para realizarlo. Por intuición este niño confunde lo que considera por amistad con la verdadera solidaridad humana, proclamada hoy por todos los grandes filósofos. Convencido está que hoy los hombres se acercan llevados por un interés muy personal y muy inmediato, descuidando siempre el alto interés humano. He tratado de convencerlo de la exageración en que incurría poniéndole varios ejemplos.

Esos amigos que él veía á mi alrededor no podían pretender lo que estaban seguros de no encontrar. No he podido aún disuadirlo: *Gavroche* piensa quo yo puedo darlo todo, porque le he dado á él, niño y pobre, toda mi simpatía.

Entónces le he puesto el ejemplo personal hablándole de él y de mi. ¿Acaso eso no era amistad también? ¿Qué interés inmediato y

mezquino podría existir entre ambos? Después de reflexionar *Gavroche* me ha dicho, en tono algo sentencioso, que eso debería denominarse de otra manera porque era nuevo en el mundo... Y *Gavroche* había acertado.

*
* *

Marzo, Viérnes 24.

La historia de este *Gavroche* con que he tropezado en Montevideo, es la misma de todos esos niños brotados de la miseria y el dolor, como los hongos de la humedad y de la sombra y en cuyas almas, llenas de misterio y de fuego reconcentrado, solo entran las miradas de los grandes poetas. Así Hugo en «Los Miserables».

Pese al ambiente mefítico en que se desarrollan, conservan yo no se qué de grande y de puro que los mantiene, constantemente, erguidos sobre sus miserias, pudiendo afirmarse que estos niños representan el verdadero espíritu jóven, travieso, libre y doliente, la infancia eterna, el porvenir del mundo.

Aparecen como símbolos de libertad rodeados por montañas de amarguras é injusticias. Con una especial sonrisa, auguradora de triunfos, diríase que estuvieran permanentemente á la espera de una idea que ha de orientarles, el acontecimiento público que ha de ponerles sobre un camino de sangre y de gloria. Porque, capaces

del martirio, aman la sangre y la gloria, riegos fecundos de vida y luz.

Por eso es que, transformados de larvas en héroes, en las horas trágicas de los pueblos, se les vé caer al pié de las barricadas erigidas ante las tiranías y los dogales, en el banco de un patíbulo, después de arrojar una bomba contra el pedestal de un ídolo, ó en la lu ha, cuerpo á cuerpo y á arma blanca, entablada al sayón que, en nombre de leyes falsas, quiso coartar libertades, atar la voluntad, detener la vida.

Mi *gavroche*, este *gavroche* á quien te pinto con tanto amor y ternura, es también un hijo de la calle á la espera de esa idea, de ese acontecimiento que ha de orientarlo. Yo he llegado hasta él como los hijos de Stockman debieron hacerlo con los *gavroches* noruegos por indicación del bravo padre en el drama ibseniano. Traigo para su inteligencia una luz, mi luz recogida en noches de tormenta y encantamientos de aurora. Soy para él el revelador, el mago que marca un camino nuevo, que fija un rumbo hacia un horizonte hermoso, ensanchándose sin límites.

Yo, he de decirle:

«¡Oh, mi *gavroche* criollo! Tu inteligencia es terreno propicio para la germinación de las grandes ideas, para el panorama de las grandes visiones, para el asiento de los nobles porvenires. Si, hay en tí, carne sufriente y fecunda, el abono necesario para las excelsas procreaciones.

Tú, que no has tenido abrazo de madre,

cariño de hermano, ni calor de patria, abre tu pecho hacia el amor humano, rompe, altivo y soberbio, las fronteras que hoy dividen las almas y echa, lazo de vida, tu afecto de hombre nuevo sobre esta pobre tierra que ya empieza á despertar de un sueño malo.

Ama y odia. Odia todo lo que se oponga al ejercicio de tus facultades, las de todos tus semejantes; ama la vida por la vida misma, por lo que ella nos da de sí; odia el hierro que oprime el cuello del débil, la cadena que une las manos de los explotados, la superstición y la mentira que deforman el cerebro del niño; el poder del prepotente basado en la fuerza bruta y en la ignorancia de los más; ama lo que emancipa y sacude yugos; odia lo que humilla y doblega,—ya que así, evitando la devastación, se irán encauzando, perdiendo fuerza destructora, las corrientes del mal arrasadoras de razas.»

¡Y *Gavroche* ha de escucharme!

*
* *

Marzo, lunes 27.

A falta de otra nueva que comunicarte te envío hoy copia de la siguiente carta, dirigida á un amigo íntimo y que puede hacerse extensiva á toda la juventud de esa para la que —pretensiones aparte—tal vez encierre algún interés...

Ahí va la copia:

Montevideo 1905

Querido Alfredo:

¿Quiéres que te diga la verdad? Pues bien: estrañaba tu silencio después de estos dos meses de prisión y de destierro. Tu carta ha venido á disipar, en parte, esta extrañeza y á darme un alegrón. ¿Sabes lo que necesitaría de tí? Tu presencia; es decir, que vinieras á pasar unos días en mi compañía. A tí te sería fácil. En todo caso con ponerte en entredicho con ese gobierno de *guapos* estaba resuelto el problema: en un santiamén estabas en la otra orilla, digo, en ésta, fletado como por un canuto... ¡Casi me dan ganas de decírtelo esto en serio! La juventud de esa duerme, cobarde, frente á un triste, á un lamentable espectáculo: la prisión, el alejamiento en masa de inteligentes productores, hombres de trabajo y de luz, arrancados de sus talleres ó de sus hogares por un autoritarismo sin freno, del cual son cómplices todos los ciudadanos incapaces de oponerse, en cualquier forma, al abuso y la injusticia. El silencio en estos casos es complicidad. ¿Te das cuenta? ¡Se ha llegado, como en Rusia, hasta dictar un decreto prohibiendo hablar de las prisiones obreras!... Esto es humillante, esto es bochornoso, no por cierto para los prisioneros sino para los que no *pueden* hablar... Entre tanto me han llegado noticias de la formación en esa de comités pro-libertad rusa ó cosa así... La ironía es en extremo picante. ¡Oh, la juventud porteña

que se *expuso* á las balas en las calles por resistir á la unificación de las deudas públicas y que se manifiesta impotente para lanzar un solo grito de protesta, para oponer un solo gesto de rebeldía, ante la unificación de la opresión y la violencia!

Fijáos bien que, con el pretesto de dominar la agitación obrera, es decir, con el pretesto de impedir al obrero la defensa de sus más altos derechos, la autoridad argentina no ha tenido empacho en recurrir á la violación, al robo, al deportamiento y al destierro. ¿Qué más? Y mientras ¿qué diablos hacen todos? ¿Cómo no surge de ninguna parte un rayo de esa juventud fulminando el abuso, incendiando la iniquidad? ¡Caramba! te aseguro que cuando medito en ello ganas me dan de embarcarme en una lancha para caer cualquier día en Buenos Aires con una tea en cada mano!

Perdona el cargo, puesto que tu perteneces á esa juventud,, apechuga—¡qué diablos!—con tu lote de responsabilidad—que esto constituye ya un principio de valor—y recibe un abrazo de este proscripto...

ALBERTO

. . . .

Montevideo, Abril 7 de 1905

QUERIDO ALFREDO:

Tu carta, llena de amarga impotencia, es digna de meditarse puesto que ella constituye

un fiel reflejo del ambiente en que se desarrolla una parte importantísima de la juventud argentina, así como del espíritu que la empuja.

He dicho amarga impotencia y creo estar en lo cierto por cuanto el grano de ironía que salta en sus párrafos no hace sinó aumentar la amargura.

Contestando á mis razonamientos y apóstrofes dices: «nuestro ideal más grande es el de vejetar en una medianía cómoda.» — Y agregas: «la mayor parte no hacemos sino seguir la corriente tratando de evitar los escollos difíciles de nuestra estúpida navegación por el mundo.»

Y esto ¿por qué? Porque hacer lo contrario equivaldría, según tu mismo, «á lanzarse á una guerra sin cuartel en la que con seguridad se iría á la muerte»... «Es necesario ceder ante el ambiente viciado de esta sociedad tiranizada y corrompida.»

¡Ah, mi pobre Alfredo! Créeme: es mil veces preferible mi destierro, mi dolor, mi cruz, si tu lo quieres ya que así la llamas, á ese renunciamiento á la lucha que es la vida, á esa resignación casi impávida á no *hacer*, á ese sometimiento tan prematuro y tan loco, á esa actitud claudicante, dolorosamente débil, conscientemente pequeña!

Considerándote caso perdido te has colocado en la peor de las situaciones: la del hombre (todo hombre es un combatiente) que se da por vencido antes de entrar en combate.

¡Ah, mi pobre Alfredo! Debo decírtelo: ¡Está es una traición! Una traición á ti mismo,

á tu inteligencia, á tu brazo, á tus ideales, que yo he conocido hermosos, llenos de alientos fecundos, prometedores de grandes, fuertes y bellas cosas. ¿Y hoy?

—Sombras! Sombras! Sombras! me parece oir de tus labios.

Bueno, haz como el poeta entonces.

—¿Qué esperas? le preguntaron.

Y contestó:

—Espero el alba.

Tuyo siempre

ALBERTO.

*
* *

Montevideo, Abril 16

Hoy he encontrado á *Gavroche* un poco triste. Con su hermosa cabeza, doblada sobre el brazo izquierdo, evocaba la actitud de las aves cuando esconden sus picos bajo el ala.

Con aire de sonámbulo, las manos en los bolsillos del pantalón hecho trizas y un montoncito de *charque* en el pecho sujetado por el saco, cruzaba las calles montevideanas absorvido, nadie sabe en qué hondos pensamientos.

—¿Qué te pasa *Gavroche*?

Fué una sorpresa. El niño me miró como avergonzado. Se diría que aquella actitud respondiera á algo considerado por él como

una debilidad, tratada de esconder á todo trance.

¡Pobre *Gavroche!* ¡Si supiera que momentos antes quizá nuestras actitudes revelaban estados internos análogos! También yo, cuando divisé su silueta que embargó inmediatamente mi espíritu, marchaba por esas calles reflexionando en graves cosas. Era mi vida echada á rodar por el mundo como la de un peregrino de ideas oprimido, momentáneamente, por una mano de sombra. Era mi alma, sufriente y altiva, colocada frente á frente del despotismo moderno, intangible y soberbia como una luz. Era mi dolor, el dolor de los míos, victimas tal vez en ese instante de mis convicciones sustentadas sin un desfallecimiento, sin un titubeo en el músculo, sin una duda en el pensamiento.

—¿Qué te pasa *Gavroche?*

—...Nada... (después, reaccionando) ¡una calamidad, niño!...

—Una *calamidad* más en ciertas vidas es muy poca cosa *Gavroche*. Tú mismo me lo das á entender así con tu ironía tan expontánea, tan ingénua como sombría y terrible. Explícate, dime todo cuanto sientes, y, si en mis manos está, remediaremos el mal.

—¡Mi casa se viene abajo, niño! Ya no hay con que sujetarla. Las cuerdas están podridas y las estacas no aguantan más. En cuanto venga un vientito fuerte, adios rancho. La carreta se va á pique...

—¿Y eso te aflige tanto *Gavroche?* Ahora yo tengo casa ¿sabes? y estamos á la

recíproca. ¿Te acuerdas? Tu me ofreciste la tuya, esa que ahora se te derrumba. Mientras la mía aguante ya sabes, es de los dos...

Reflexionó un momento el niño cayendo recién en la verdad de su tristeza.

Algo más serio había en lo que le ocurriera. El desplome de la casa era un detalle nimio ante la amenaza del otro peligro. Para él vivir sin techo era siempre vivir. ¡Pero lo otro! ¡Lo otro era la muerte!

Sabiéndolo miserable se le ofrecía el asilo cristiano con todas sus disciplinas, con todos los grilletes materiales y morales,—presidio doble donde el cuerpo y el espíritu pierden sus condiciones de flexibilidad evitando, contrayendo su desarrollo armónico.

Gavroche presentía que perder la libertad era caer de cabeza en las sombras.

Yo le expliqué, como pude, su pensamiento y él se alegró de nuevo al sentirse interpretado. Claro estaba que él no se entregaría al enemigo. ¿Valor? ¡Lo tenía para todo! Y si yo le ayudaba el triunfo era un hecho.

—¿De veras, niño? Vd. no me abandona á los frailes?...

Yo le tendí mi mano.

Después, por las alegres calles, nuestras siluetas cruzaron con menos sombras en las cabezas, aunque agitadas estas siempre por pensamientos hondos.

¡*Gavroche*, hermano mío!

*
* *

Hoy, 1° de Mayo, fecha obrera, fecha humana, de lucha, de dolor y de gloria, leo estos versos en un mitin:

1.° DE MAYO

Esta fecha es de luto y es de gloria;
Es fecha de dolor y de venganza:
¡Abre una puerta al porvenir y suena
Como un grito de triunfo entre las llamas!

La sangre de los mártires, ardiente,
Regando ideas se volcó en la entraña
De una tierra fecunda que tenía
El aspecto de estéril y de [illegible].

Era bár[illegible] sí, bárba[illegible] y fuerte,
Era el regazo augusto de una raza
Nacida [illegible] en la selva
Paso ab[illegible]cado á la lu[illegible] y á la esperanza.

Seamos los albaceas de los héroes
Que echaron las simientes del mañana,
No de[illegible]moremos en la aud[illegible]
Mientras el sol [illegible] en nuestras [illegible].

No haya pena que el labio no mitigue
Y herida que no cierre, ni haya infamia
Que no encuentre escarmiento en nuestros brazos:
¡Hagamos la [illegible] á la [illegible] y á la [illegible]!

Desde el dintel del siglo saludemos
La voz de los profetas y los parias
Clamando: ¡redención! desde las horcas
Donde mueren, venciendo, por la causa.

En la noche social que nos circunda
Ellos sellaron la virtual palabra
Con un gesto más grande que el de Cristo:
¡Sembraron más, la mano fué más larga!

Amaron la existencia por sí misma
Y al ir al sacrificio, sobre el ara
Social donde rodaron sus cabezas,
No ambicionaron celestiales palmas.

Más fuerte fué su fé, vieron la vida
Abriéndose como una flor de gracia
Sobre el maldito surco do cayeran
Aun en botón las rosas y las dalias.

Surcos malditos por los hombres ciegos,
Juguetes del temor y la ignorancia
Que infundieran las tristes religiones
En la grande miseria de sus almas.

¡Sombras de horror pesando en los cerebros,
Religiones de muerte cuyos miasmas
Hoy enterramos en la edad que ha sido
Cual se arroja una piedra en una zanja!

Héroes, mártires, sabios y profetas
Han abierto el camino entre las zarzas:
¡Del Gólgota á Chicago hay veinte siglos,
De la Cruz á las Horcas más distancia!

¡Atrás las sombras y el dolor! Aun tiene
La tierra para darnos su más cara,
Su más bella cosecha: ¡frutos ópimos
Presentidos por mártires y párias!

Derribemos el monte de los odios
Y, sobre el mal vencido, corra el agua
De la fuente de amor ¡la vida sea
De este choque inmortal: fuente y montaña!

Montevideo, Mayo 1.°, 1905.

*
* *

Mayo 2 de 1905.

Con esta fecha, y cuando ya desesperaba del envío, me llega de Buenos Aires copia del escrito presentado el año 1903 á la justicia federal por el doctor Carlos Rodríguez Larreta, actual Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, pidiendo fuera declarada inconstitucional la ley de residencia.

La copia había sido solicitada por mí á un amigo quien, para obtenerla, ha encontrado un verdadero montón de obstáculos por parte de la Suprema Corte donde se halla el expediente respectivo.

Necesitaba este alegato para que mis lectores apreciaran en un todo los cargos hechos en el capítulo *Exponentes de cultura*... contra el ministro en cuestión.

No haré aquí, pues, ningún otro comentario. Ahí va el escrito. *¡ Los que tengan oídos que oigan !...*

Enero 12 de 1903.

SEÑOR JUEZ FEDERAL :

Ana Corti de Montesano constituyendo domicilio legal en el estudio del letrado que me patrocina, calle Florida 22, á V. S. me presento y expongo :

Que mi esposo don Arturo Montesano ha sido expulsado del país y embarcado en el vapor *Clyde* de la Mala Real Inglesa por orden del señor Jefe de Policía de la Capital, doctor don Francisco J. Beazley, el 28 de Noviembre próximo pasado, en virtud de las atribuciones que confiere el Poder Ejecutivo, respecto de los extranjeros, la Ley Nacional de fecha 23 de Noviembre de 1902. Mi esposo no ha cometido jamás delito alguno; ha venido al país siendo un niño y ha formado conmigo un hogar legítimo en que han nacido cuatro hijos; ejercía el cargo de profesor de Literatura y Filosofía en el Colegio Internacional; sus acciones no han alterado nunca la paz ni el orden público y si ha hecho uso de la libertad de pensamiento que tienen todos los habitantes del país, ha sido al amparo de los artículos 14 y 19 de la Constitución Nacional.

Prescindo, sin embargo, de la justicia con que la ley de residencia ha sido aplicada en este caso y vengo á pedir á V. S. que al declararla inconstitucional, resuelva en definitiva

como voy á solicitarlo al terminar el presente escrito.

La premura del tiempo me impide hacer en esta ocasión un estudio comparativo de las leyes que se han dictado en diversos paises para prevenir los atentados anarquistas.

El recurso que entablo tendrá, sin embargo, que recorrer un largo camino antes de llegar á la Suprema Corte que es el Tribunal á cuyos fallos ha confiado la constitución su propia estabilidad. En el momento oportuno demostraré que nuestra llamada ley de residencia excede por sus fines á las miras de los gobiernos monárquicos y que no tiene por sus formas antecedente alguno en el mundo civilizado. Demostraré sobre todo, que no puede sancionarse una ley que esté más en contradicción con los intereses y las instituciones de un país, que lo que está la ley 23 de Noviembre de 1902 con las instituciones y los intereses argentinos.

Otros pueblos de organización menos liberal y hondamente conmovidos por los problemas sociales se han dado también leyes de excepción contra los extranjeros que perturbaban el orden interno, pero en ninguna parte se ha dejado al arbitrio de una sola persona el pasado, el presente y el porvenir de los hombres, ni se ha pensado tampoco con esos recursos extraordinarios, en crear instrumentos de persecución á las ideas. Eso mismo, quedará evidenciado al estudiar la legislación extranjera y examinar cada ley con el criterio del país que la dictó.—Por ahora, solo me

propongo señalar á V. S. las disposiciones violadas de nuestra ley fundamental.—Admira, en verdad, que con tan pocas palabras sé haya podido suprimir todas las garantías que protegen la libertad de las personas.—La ley de residencia es una máquina perfecta de destrucción constitucional.

1° La ley del 23 de Noviembre de 1902 viola la declaración del preámbulo que «asegura los beneficios de la libertad... para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino».

No hay concepto más profundo y original en nuestra carta política.—Al dictarlo los constituyentes se separaron de todos sus modelos.—No existe en el preámbulo de la constitución americana.—Es el fruto de «Las Bases» de Alberdi y eso sólo bastará para inmortalizar el libro.

Blakstone ha dicho que el preámbulo de las leyes es la llave que sirve para abrir los conceptos oscuros ó dudosos y el General Mitre, con más profundidad y elegancia, ha dicho á su vez que el preámbulo de las constituciones es como el pórtico de los templos.—Aquella declaración, sintetiza, en verdad, el conjunto de prerrogativas que los autores de la constitución acuerdan á los extranjeros en la Sociedad Argentina.

La nueva ley ha violado todo el sistema cuando entrega al arbitrio del Presidente la libertad civil de los hombres, que nosotros mismos hemos llamado á poblar nuestro suelo, al amparo de nobles y generosas declaraciones.

2 ° La ley de residencia viola el artículo 14 de la Constitución que reconoce á *todos los habitantes* del país el goce de los derechos civiles que en él se enumeran.—Lo viola, porque el Presidente puede desterrar á los extranjeros y con eso sólo, quebrantar las familias, separar á los padres de los hijos y á las mujeres de sus esposos, perjudicar sus intereses materiales, arrancarlos de sus negocios y de las asociaciones útiles que han formado en el país.—Reglamentar no es abolir y todo eso puede hacerlo en virtud de antecedentes que no se precisan ni definen, entregados por completo al criterio irresponsable del primer magistrado.

3 ° La ley de residencia viola las garantías del artículo 18 de la Constitución en cuanto declara «*que ningún habitante* puede ser penado sin juicio previo... ni juzgado por comisiones especiales ó sacado de sus jueces naturales... ni arrestado sinó en virtud de orden escrita de autoridad competente y que es inviolable la defensa en juicio de la persona y de los derechos». Ahora, por la ley de 22 de Noviembre de 1902, el Presidente de la República puede arrestar é imponer la pena de destierro, á los extranjeros, sin juicio previo y sin escuchar la defensa.—Esto es más oprobioso todavía, que aquellas comisiones judiciales con que los partidos políticos han manchado algunas veces las páginas de nuestra historia.—Eran, por lo menos, cuerpos colegiados y no se escudaban del todo en las prerrogativas del poder.

4° La ley de residencia viola el artículo 2° de la Constitución en cuanto prescribe *que los extranjeros gozan en el territorio de la nación de todos los derechos del ciudadano.* Es la primera vez que se comete la monstruosidad de sancionar una ley que hace diferencia entre extranjeros y nacionales para el ejercicio de derechos que son puramente civiles. Aquel concepto maravilloso de Alberdi, que aseguraba para todos las mismas prerrogativas sin exigir la reciprocidad de los otros países; que facilitaba á los extranjeros el acceso á los empleos públicos sin otra condición que la idoneidad; que les concedía la naturalización sin imponerla, eximiéndoles por muchos años del servicio militar; todo el sistema de la constitución, su columna más fuerte, ha sido echada por tierra sin saber lo que se hacía. A ese régimen, le debemos, sin embargo, nuestra mayor inmigración y la fraternidad en que vivimos con las colonias extranjeras.

5° La ley de residencia viola el articulo 23 de la Constitución en cuanto establece que las garantías constitucionales están siempre en suspenso para los extranjeros, en todos los tiempos por más normales y pacíficos que sean.

Viola, igualmente, el artículo 23 de la Constitución en su segunda parte, en cuanto establece que el Presidente de la República no puede condenar por sí, ni aplicar pena, aún bajo el imperio del estado de sitio.—Según la nueva ley ese magistrado puede imponer á los

extranjeros la pena de destierro sin que se encuentren suspendidas las garantías constitucionales, facultad por cierto, mucho más extensa que la que le confiere en su parte final el mismo artículo 23.

6 ° La ley de residencia viola la combinación de los artículos 19 y 23 de la Constitución de los cuales resulta que la declaración del estado de sitio no puede ser, en todos los casos, sinó una medida transitoria y por tiempo limitado.—La nueva ley, importa establecer para los extranjeros, un estado de sitio permanente.

7 ° Por último, la ley de residencia viola el artículo 95 de la Constitución que establece que el Presidente de la República no puede, en caso alguno, ejercer funciones judiciales.

Patrocinado por un abogado joven pero de brillantes estudios, la esposa del deportado Locasio promovió el recurso de inconstitucionalidad de la ley de residencia, poco tiempo después de sancionada, miéntras estaban suspendidas las garantías constitucionales.—Por esta razón el Juez Federal, doctor Astigueta, lo rechazó.—La complicación de las dos leyes hacía realmente difícil el caso, aunque el Poder Ejecutivo había usado de facultades más extensas que las que le confiere la Constitución bajo el estado de sitio.—Llevada la causa en apelación ante la Excma. Cámara, este Tribunal entró al fondo del asunto y, lo

mismo que el Juez de 1ª Instancia, rechazó la petición.

El antecedente no me ha arredrado, para presentar á V. S. en mejor oportunidad, el recurso que ahora entablo.—En el acuerdo de aquel Tribunal ha prevalecido un voto del doctor don Juan A. García (hijo) del cual voy á decir, sin que esto se mire como una falta de respeto, que no se apoya en fundamentos constitucionales; está urdido con ciertas reflecciones metafísicas, un tanto extrañas á la tarea de administrar justicia.

El ilustrado y prestigioso Camarista ha visto en el preámbulo de la Constitución que uno de sus fines es consolidar la paz interna. Si después se hubiera detenido en el exámen de sus preceptos positivos habría encontrado que la misma Constitución provée á los medios de asegurar la paz, y que esos medios, no son por cierto, los recursos monstruosos de la ley de residencia.—No todos los caminos son buenos, aún que se crea ingenuamente en los propósitos laudables. Rosas, por ejemplo buscaba asegurar la paz interna por medio del terror. ¿El terror sería entonces constitucional? No. El estado de sitio, las garantías de los extranjeros, las atribuciones del Presidente, están perfectamente definidas en nuestra carta fundamental. Por fortuna, en vez de las frases algo nebulosas con que Hegel explica las relaciones del mundo, estos países modernos han adoptado para gobernarse, fórmulas claras y precisas que todos entendemos.

Así mismo, no sería justo desconocer que la sentencia de la Excma. Cámara ha traído oportunamente, con motivo de las últimas agitaciones obreras, el recuerdo de los tres preceptos fundamentales del derecho romano. Sólo que en vez de dirigirse á los proletarios desesperados ha debido más bien traerlos á la memoria de los poderosos irresponsables.

Devolver á los ciudadanos sus derechos para que el gobierno sea, en vez de buena presa, el ejercicio de un mandato. *Suum cuique tribuere*. Enaltecer sin favoritismo á los mejores y mirar en el tesoro público el fruto del trabajo ajeno. *Alterun non laedere*. Poder abrir en todo momento el libro de su vida é irradiar sobre el pueblo desde la altura del poder ejemplos de integridad y de virtud. *Honeste vivere*. He aquí de que manera es necesario interpretar esas máximas de la antigua sabiduría, para que un país joven y rico no se vea convulsionado prematuramente por las reivindicaciones sociales.

En virtud de los antecedentes que dejo expuestos, V. S. se dignará proveer de conformidad con las siguientes peticiones.

1 ° Habilitar la féria para sustanciar el presente juicio de amparo á la libertad y tener por constituído mi domicilio legal, en virtud de lo que disponen los artículos 617 y 622 del Código de Procedimientos en lo Criminal y de la afirmación que hago bajo juramento, de ser exactos los hechos mencionados.

2° Ordenar al señor Jefe de Policía de la Capital que permita el regreso á esta ciudad de mi esposo don Arturo Montesano, declarando contraria á la Constitución Nacional la ley de residencia de 23 de Noviembre de 1902.

Será justicia, etc.

Ana C. de Montesano.

Carlos Rodríguez Larreta.

¿Y? ¿Qué opinan mis lectores? Bien por el abogado de ayer, ¿verdad? ¿Y del ministro de hoy, cómplice, sancionador, desde las alturas del gobierno, de esa monstruosidad para la cual ha tenido tantas y felices frases fulminatorias ¿qué concepto tienen?

En cuanto á mí propongo declarar inmortal al ministro si, al recorrer éste las páginas del abogado, no revienta de vergüenza!...

*
* *

Mayo 8 de 1905.

En momentos que me preparaba para salir pensando en *Gavroche*, éste aparece loco de alegría con un diario en la mano. Es *El Dia*. Trae un artículo con motivo de mi destierro. El artículo dice:

« *Alberto Ghiraldo — Rebeldes, desterrados y perseguidos* — Antójaseme el mundo de la in-

teligencia algo así como una interminable Avenida, bordeada de monumentos; ya insignias del pasado, entre mausoleos, ruinas de templos y capitolios, y columnas rememorativas de gloriosos hechos; ya signos del presente, entre pórticos recién construídos, pétreas torres que crecen sin cesar como si fueran organismos vivos, esqueletos de Museos y Pinacotecas que cubren sus huesos con músculos de solemne arquitectura y rellenan sus alveólos con maravillas del arte, como nobles entrañas; ya augurios del porvenir, entre estátuas vivientes que caminan lentas ó aceleradas, rígidas ó flexibles, adustas ó afables, desnudas ó solapadas, todas ellas exploradoras del futuro, todas ellas codiciosas de algo, todas ellas marcadas en la frente con timbres de honor ó con estigmas de deshonra, todas ellas heridas en la oquedad del pecho con algún dolor, con alguna avaricia, con algún ensueño, con algún ideal.

Y paréceme ver en esas estatuas, á los reflejos de la luz, la masa noble ó impura de que están formadas. Las hay de cieno oscuro y pestilente, condenadas á desmoronarse sobre el légamo de todos los siglos. Las hay de inconsistente pasta, mal amasada, sentenciadas á diluir su desgarbo bajo las lluvias de cualquier tormenta duradera. Las hay de estaño que se funden al primer rayo de la desgracia; de pegajosa goma que se adhieren á todos los presupuestos del mundo; de vidrio cuyas trasparencias y colores desaparecen rompiéndose al choque casual de la primera piedra.

Las hay, en fin, y son las menos, de bronce poderoso, resistente, inmutable; siempre firmes y severas; tercas en proseguir la ya trazada línea: destinadas á ornar, sobre altas cornisas, los severos edificios del futuro.

En el grupo de éstas, he visto caminar con paso recio y seguro á Alberto Ghiraldo.

—

¿No lo conocíais?

El gobierno argentino acaba de encumbrarlo con el título honorífico de *hombre peligroso*.

Desterrándolo, lo ha premiado y condecorado con la Gran Cruz de Honor, del Ostracismo.

Así Arístides frente á la tiranía helénica: Giordano Bruno ante la Roma pontificia: Corki bajo la autocracia de los zares.

Pero sería forzoso establecer distinciones: porque Buenos Aires no es Roma ni San Petersburgo: no es alcázar, ni castillo, ni fortaleza. Es,—según dicen—el solio de la Democracia: *lugar abierto á todos los hombres, á todas las razas, á todos los cultos, á todos los idiomas, á todas las ideas*, como predicó Sarmiento.

¿Entonces...?

¡Oh, cuan raro fruto es lo lógico!

—

Pero ¿qué delitos ha cometido Ghiraldo para sufrir tan duro castigo?

¿Será un terrible conspirador, un espantable enemigo de la sociedad, un feroz energúmeno cuya presencia basta para espeluznar la femenina piel de los conservadores porteños?

¿Su presencia?

¡Bah! Cuentan que Sófocles, antes de ser famoso por sus tragedias — engendros soberanos del arte—fué premiado por su belleza en las Panateneas.

Pues de igual modo, Ghiraldo hubiera ganado premio entre los efebos, á los veinte años, por su belleza, que es armoniosa y suave, sin dejar de ser varonil.

Hay en Europa un noble agitador, Máximo Gorki, de quien se dice:

«Él es así, bueno, sencillo: tiene cosas de niño. Y, sin embargo, lo acusan de toda clase de crímenes, de crímenes románticos, de complots contra el czar, de provocar rebeliones militares... Y es que lo quieren mal. Cada vez que hay un pretexto lo molestan... (y siempre la misma historia): los que pueden protestar, callan: los que debieran alzar la frente y defenderlo, se humillan...»

Pues bien: en Alberto Ghiraldo, se vislumbra la imagen de Gorki joven: y en la actual política argentina — ¡que dolor para el buen nombre de la libre América! — se proyecta la sombra de Rusia.

Frecuentemente esas vivientes estátuas de bronce de que hablé al principio, quieren libre el camino por donde avanzan.

A los lados de la ruta, se elevan ciñéndola, dos altas tápias que limitan la vía.

En medio de ella, se encuentra ocupándola, ó entorpeciendo el libre tránsito, un inmenso birrete, un solideo, un largo bastón de enormes borlas, un sable gigantesco tendido de tapia á tapia, ó una formidable caja de hierro enhiesta como un monumento.

El hombre de bronce, la viviente estátua inflexible, quiere seguir su camino, libérrimamente, apartando los obstáculos, ó saltando sobre ellos.

Y entonces, terribles, amenazadoras, se levantan, como fantasmas gigantescos y en actitud conminatoria, la toga de severos pliegues, la oscura casulla, la vieja casaca medœval, el uniforme bordado, y el balandran de Harpago, flotantes, al resoplar de todas las cóleras, sus negros faldones de paño; y exclamando *¡profanación!* y concitando anatemas, lanzan un grito de combate contra el hombre criminal que cometió el delito de querer andar hacia adelante y no gusta de que le atajen el paso.

¡Qué hacer con ese terrible atentador de las sedentarias costumbres que nos legaron nuestros inocentes abuelos?

¡Destruirlo, anularlo! O, por lo menos, lanzarlo fuera del camino; por cima de la tapia, para que vaya á otros parajes con su empeño de avanzar, con su progresista movilidad.

¡He ahí el destierro! Un bravo hombre, un émulo de Gorki, por ejemplo, que es arrojado de un país á otro por cima de una tapia.

ó de una cordillera; al través de una acequia ó de un estuario.

Y ese hombre es, en efecto peligroso, donde quiera que resida. Yo lo afirmo.

¿Por qué?

Porque lleva en la diestra una gran antorcha encendida.

Y la raza de los vespertiliónides se alborota.

¡Guarda, murciélagos, que ha entrado un rayo de luz en la caverna!

—

Ghiraldo es un gran delincuente, repito.

Ved su hoja de servicios tal como debe estar escrita en el gran Indice del crimen:

Siendo casi un niño, empezó ya á escribir en *La Nación* de Buenos Aires, grave falta de ese diario, que no solo amamantó al lobezno, sino que hasta ahora sigue consagrándole su mayor estima.

Hace ya algunos años, fundó una revista *El Sol*, ¡oh monomanía de la luz, hambre de resplandores! Los mamiferos de alas membranosas, se cubren con ellas los ojos! ¡Que fatuidad tan gallarda! ¡Escribir sus estrofas en *el sol!* ¿No hay delincuencia en el intento de curar con su luz las cataratas de los ciegos, y mover con su electricidad á los quietistas?

Entre tanto ha escrito libros... y que libros!

Publicó *¡Ahí van!* (versos) y *Fibras* y *Gesta*, y *Sangre y Oro* y *Los Nuevos Caminos*, y

ultimamente, *Música prohibida*. Y no contento con esas obras incendiarias, prepara *Carne de pueblo, Los salvajes* y *Alas*.

Y en todos esos libros ha dicho cosas terribles, que espeluznan á las buenas almas.

«La primera consecuencia de la inteligencia es la rebelión».

Para comprobar este aserto, se permite recordar á Confucio en su larga peregrinación por los más remotos pueblos del Imperio Chino, en esa colosal odisea durante la cual es amenazado de muerte y motejado de loco, por predicar la virtud y hacerse amigo de los trabajadores; y todavía, en pos de Confucio, enumera á Sócrates, á Espartaco, y una larga lista de seres que demuestran el anterior aserto: que la primera consecuencia de la inteligencia es la rebelión...

Ha tenido la audacia de estampar en un párrafo estas palabras:

«¡Almas fuertes! ¡Espíritus rebeldes! ¡Justicieros! Derribad á hachazos de luz las montañas de sombras que oscurecen la mente humana. Esa es la misión».

Ha tenido la avilantez imperdonable de decirle al hombre:

«Sea siempre más fuerte que la miseria, que la ignominia: tenga la arrogancia de sus convicciones, la virilidad de la Verdad; que se manifieste, que sea hombre, como la luz es luz y como el hierro es hierro. Seamos luz, seamos hierro. Esto es ser hombre».

Se ha atrevido á titular un capítulo *Los*

Sin Patria, diciendo en pleno 25 de Mayo argentino:

«Soy un emancipado, un libertado de un gran prejuicio».

Después ha recordado la hermosa epopeya de las madres españolas á quienes arrebataban sus hijos para llevarlos á la lucha durante la última insurrección cubana, diciendo:

«Las madres de hoy, más grandes que sus abuelas, no quieren continuar engendrando hijos para el matadero; y antes de entregarlos al mónstruo de la guerra para que los devore, desesperadas, locas de dolor, las cabelleras revueltas, los ojos como áscuas y los músculos distendidos, en el esfuerzo supremo, atraviesan sus cuerpos sobre las líneas ferrocarrileras, creyendo — ¡infelices! — evitar de este modo la partida brutal».

«Vosotros ya sabéis lo que acontece después: los cuerpos son echados á un lado; el tren pasa... y los hijos no vuelven».

¿Cómo podrá perdonarse á Ghiraldo que enaltezca este proceder materno, deshaciendo el encanto épico de las antiguas madres, las de las edades primitivas de Esparta?

Pero ¿por qué extrañarse de estos párrafos si hasta á llegado ha hacerse solidario de esta afirmación: «el cristianismo es el más formidable obstáculo á la emancipación de la sociedad?»

¿A quién no espeluzna semejante blasfemia?

¡Oh, castas sombras de los antiguos monjes, felices en su equina ignorancia, dedicados con santa quietud al porcino engorde, ¡con cuan

dulce unción evangélica os pondríais del lado del Buenos Aires que destierra á Ghiraldo, ó lo entregariais al poder de los dominicos de antaño para que le santificaran los huesos, al confortante calor de la majestuosa hoguera!

Y sin embargo, si pudiérais oirle, os diría:

«No tengáis miedo á las ideas, que éstas redimen y vivifican».

Afirmación evidentemente criminal, y que tanto ha contribuido á provocar su destierro.

Tanta es la maldad de este rebelde, que un día escribió un artículo contra la pena de muerte y provocó un movimiento popular en favor de la abolición.

Que es un audáz, lo demuestra sobradamente el hecho de haber citado y *ejercitado*, la frase de Carlyle en *Los Héroes*:

«Ningún hombre tiene derecho á quejarse de la época que lo vió nacer. ¿Qué ella es mala? Pues ahí está él para mejorarla».

Figuráos que, sonriente ante las evoluciones mansas, exclama:

«Supongamos que para tender un camino de hierro en una montaña, esperaran los constructores que las piedras fueran echadas abajo por la evolución. A buen seguro que todavía estarían sin comunicarse muchos pueblos. Al encuentro del obstáculo el ingeniero pensará en el explosivo, y, bajo la influencia del cartucho de dinamita, la piedra saltará hecha pedazos, dejando expédito el camino para tender el riel».

Figuráos, en fin, para que comprendáis todo lo criminal que este hombre es, y cuán mere-

cido tiene el destierro, que ha escrito al final de *Los Nuevos Caminos* estas palabras:

«¡Oh poetas, hermanos míos! lanzad las cuadrigas de vuestras estrofas en pos del dolor actual, que es el de todos; ese dolor que irrumpe á gritos de las estepas de Rusia, de los muros de Monjuitch, de las guillotinas de Francia, de las horcas de Chicago, y hasta de la Isla del Diablo si queréis!

«Advertid que tenéis frente á vosotros, para estudiar de cerca, ejemplares de héroes como Kropotkine, cuya odisea al través de la Europa, propagando el principio de un ideal gigante, encierra más poesía que todas las luchas egoístas empeñadas por zares y emperadores, caciques y presidentes de repúblicas.

«Escribid en dramáticos diálogos, la epopeya de la idea nueva, llevada victoriosa al través de todas las sombras proyectadas por bayonetas, sables, fusiles y patíbulos erguidos como murallas de errores ante la verdad; cantad la gloria de la luz triunfal en medio de las espesas nieblas formadas por la ignorancia y el fanatismo, y así habréis hecho obra de poetas hombres.

«Creedme, recién entonces habréis realizado el ideal del arte!»

¿Habéis visto, lectores, cómo es justo y legítimo que este autor sea considerado hombre peligroso y expulsado de su patria, y vigilada su vida como un foco de perdición para tantos y tantos intereses que duermen hoy el

sueño de los justos á la sombra de instituciones que es necesario sostener eternamente?

¡Pero es que ha delinquido aún con más mortal pecado!

Imprecando á sus propios jueces, con más vigoroso anatema, ha cantado en una de las estrofas de *Música prohibida*, este trozo de himno que resonará largo tiempo:

República en el nombre, factoría
En realidad la tierra de Moreno,
No hay en ella más ley que la ignorancia
Y tan sólo una fuerza: ¡la del miedo!"
¡Que de traición, de dolo y de mentira
Son amasijo los caciques nuevos
Llevados al poder por la fortuna
Sostenidos allí por los protervos,
Que han trocado las flechas por el máuser
Y de Catriel las hordas por ejércitos!
(¡Sombras de Moctezumas y Atahualpas
Yo no quiero insultaros en mi verso!)

—

¡Espíritus pusilánimes! No cometáis el error de leer los libros de Ghiraldo. Solamente los cazadores andinos, de cabeza firme y pie seguro, pueden soportar el aire punzante de los altos picos en equilibrio y al nivel de las águilas, sin que los sorprenda el vértigo.

Pero las almas fuertes, las que tenéis por culto el único que será eterno, *Naturaleza* y *Humanidad:* las que no sentís el miedo del degenerado sino la ambición insaciable de los

predestinados á enarbolar estandartes de redención, los que hayáis adivinado que Dios, infinito é insondable, y no una partícula ó un efluvio, sino todo él, se contiene plenamente en vuestro pecho, buscad al joven apostol: mirad su rostro sonriente y decidido, estrechad su mano que oprime con lealtad y firmeza; leed en sus pupilas azules que miran con reflejos de acero; y atended sus palabras para vigorizaros... esas palabras que contribuirán en lo futuro á apagar la voz de los modernos místicos inactivos, fatales preconizadores de que es virtud humillarse ante el mal, perniciosos renovadores de un caduco evangelio que sumió á la humanidad en la abyección y en la barbarie.

LEONCIO LASSO DE LA VEGA.

Montevideo de 1905.

*
* *

Después de leído el artículo *Gavroche* me interroga. *Gavroche* es un curioso y quiere saber todo lo que el articulista no dice.

Pues bien, *Gavroche* amigo, yo, para finalizar el capítulo, hede agregarte esto:

Escucha:

Niño que vas por el arroyo
—Pies descalzos, sombra errante

Cuerpo haraposo; — tu eres
Un símbolo; sobre el torrente
Del mal que aflije á los pueblos
Flota tu figura hermosa y dolorida: aún nadie
Te habló así, tan cara á cara, tan claro
Que su voz fuera un cristal
A cuyo través tu vieras,
Como en el fondo de un mar
Tranquilo, tus ojos puros;—
Puros y ardientes, pues solo
Han visto dolor. — Tu mano
Pon en la mía. Yo quiero
Que tú, para siempre, sepas
Que hay una cosa más grande
Que la Caridad. No digo
Que te han engañado, solo
Te haré una advertencia. Nunca
Tuve, como hoy, serenidad para hablar
Y valor. El hombre
Va conociendo verdades,
No la verdad. Y á medida
Que lo hace
Las trasmite á sus hermanos
Si no lo detiene el miedo,
El miedo torvo, que á veces
Paraliza lengua y brazos, aunque nunca haya podido
Atajar la luz. Escucha.
Una religión de muerte
Te habló de amor, esperanza
Y dulzura. No podía
Darte nada, bien que todo
Te ofreciera amenazando. Si fuerte
Levantabas tus soberbias
De niño-hombre, con castigos

Formidablemente infames,
Fruto de enfermas cabezas,
Trataba de constreñirte, envilecerte ó matarte;
Pero si débil y triste
Te entregabas al capricho
De sus dogmas, con un premio
Tan celeste cual futuro
Deformaba tu cerebro invalidando por siempre
Tu espíritu,—que el amor
Te lo imponían á fuego
Lento, la esperanza á golpes
Y la dulzura con hiel. ¡De cariño tal
La caridad,—flor de fango,—nació para hacer más víctimas
Que pejes tuvo la mar
Y aves el bosque! Yo sé
Que esto te asombra y te crispa,
Pero sé también que aún
Puedes salvarte salvando
A la raza. Tiene hambre
De verdad. La que ayer fué,
Hoy es vieja. Ibsen lo ha dicho.
Nuestra verdad hoy es otra: Solidaridad se llama!
No Caridad ó injusticia
Que cuando no humilla, resta
Energías al que toma
Y aumenta la vanidad, el orgullo y la avidez
Del que dá lo que no es suyo.
Yo no te doy nada; mira
Gavroche amigo,— talvez
Compañero de mañana,—mi voz
Te suena á campana nueva,—lo es
Para tu oído,—si quieres
Levantar tu frente al cielo
Tienes que pisar muy fuerte

La tierra en que estás, el hombre
Marcha ufano á la conquista
De una ciudad, la del Buen
Acuerdo; para ir
Hasta ella, tiene el bravo
Que cruzar zarzas ardientes,
Derribar mónstruos, luchar,
Cuerpo desnudo, con todas
Las fuerzas que se le opongan
Y vencerlas. Fijate
Que esta condición no puede
Eludirse. Ahora Gavroche
—Pies descalzos, sombra errante,
Cuerpo haraposo — ¿ te animas
A entrar en lucha ? Derecho
Tienes á vivir y mueres.
Eres diamante en el barro !
Condenado á sucumbir
Por un órden que es desórden
Hecho á favor de una casta
Que te oprime, que te explota y te aniquíla
Al amparo de esa misma religión, cómplice ha tiempo
Pues su verdad se hizo vieja...
Gavroche yo te hablo en nombre
De una verdad, de la que hoy
Conocemos y si así
No lo hiciera te engañara
Sabiendo. Bien ¡ yo no quiero
Engañarte ! Tienes dos
Caminos para seguir:
Serás esclavo ó rebelde
Según elijas; ahora
Si no quieres ser esclavo

Juntos marcharemos, yo
Soy rebelde!

. . . .

Y ahora?... ¡*Gavroche* no será esclavo¡ El poeta lo afirma.

VIII

POR LA LIBERTAD Á LA VIDA

6 de Mayo—Con esta fecha, levantado el estado de sitio, regreso á Buenos Aires resuelto á reabrir La Protesta. Pongo en la empresa todas mis energías y la hoja valiente sale de nuevo desafiando á la sombra. He aquí su voz:

« Así como hay derrotas hay también silencios que valen por un triunfo. ¡Tal el nuestro!

Serenos y altivos, con la confianza de los fuertes, la fé de los buenos, la energía de los que piensan y accionan, complementando el pensamiento al decir de Guyau, hénos aquí de nuevo en la liza franca entablada por nosotros contra toda opresión, contra todo abuso, contra toda iniquidad, contra todo dolor, contra toda pena, contra toda sombra! Sí, hénos aquí de nuevo como los vencedores de

la vida frente á frente del mal! Somos luz, somos fuerza, somos la idea en marcha!

Libramos el gran combate convencidos de la importancia de nuestra obra, que es de belleza, que es de bondad, que es de amor y es de odio: amor á la luz, odio á la sombra!

Reanudamos nuestra gran batalla trayendo empujes nuevos, bríos de luchadores que han cruzado por entre fuegos desconocidos templando sus fibras como el acero en las fraguas; no haya miedo de que una debilidad pueda inspirar nuestra propaganda, una flaqueza rozar nuestra epidermis, ni un sometimiento mancharnos!

El enemigo tiembla ya frente á nosotros. Va herido por una flecha, el pensamiento, y sobre el campo de acción flotan colores de aurora. Esa aurora es la nuestra, es la aurora del triunfo! Aún cayendo hubiéramos triunfado!

Glorifiquemos la vida! Alcemos, como una bandera de luz sobre los tristes necróforos, esta hoja de lucha, que dice de amor y de fuerza, con colores encendidos porque los forjó un ideal grande sobre la altura del bien!

Aquí estamos pues! No hay infamia que nos venza, ni pesar que nos doblegue! De acero somos!

—

Tres meses de terror y de vergüenza pesan hoy sobre el honor, el orgullo y la virilidad de un pueblo que ha permitido pisotear sus más caros derechos por la bota policial puesta al servicio de un gobierno de ignorantes y

ensoberbecidos. Tres meses de sombra y luto durante los cuales sólo se oyó una voz de protesta, de rebeldía, de condenación! Voz conocida, ella fué, ella es de gloria y de pena para nosotros! De gloria, porque hemos dado prueba, una vez más, de la entereza y el coraje mental que nos anima frente á la opresión y el abuso de los detentadores; de pena, porque, una vez más, nos hemos visto solos, sin poder contagiar con nuestro valor á los opresos, refugiados á la sombra de una cobardía que, de persistir, terminará por condenarnos á todos!

Como siempre el miedo esta vez ha hecho de las suyas. Ha habido miedo arriba y miedo abajo: miedo en todas partes! Por temor las autoridades han tomado medidas de violencia rayanas en la iniquidad contra ciudadanos conscientes de sus derechos y libertades y por temor el pueblo — grupos, prensa, asociaciones—ha callado presentando dócil la boca, ayer audaz, para la mordaza, el brazo, ayer férreo, para la cadena, el cuello, ayer altivo, para el dogal!

Reflexionemos y veamos que hemos tenido un mal consejero. Porque el sometimiento en masa á la voluntad, al capricho de un poder tirano nos deshonra á todos. Hablamos naturalmente del sometimiento casi voluntario, conscientemente impotente antes de la tentativa de rebelión, del conato de resistencia, del deseo manifiesto de oposición á la violencia del autoritarismo ilegal á todas luces, inhumano, anti-social y anti todo lo bueno, anti

todo lo justo, anti todo lo equitativo, lo racional y lo lógico.

Reflexionemos sí y que el caso nos sirva de escarmiento siquiera y ejemplo para la acción futura.

He aquí cómo un gobierno, sin base de opinión porque el actual no la tiene, sin apoyo en el ejército donde se le niega y se le desconoce, abandonado hasta por los *ases* políticos que le sirvieran de engendradores y comadrones, huérfano en fin de todo cuanto significar pudiera fuerza en el presente momento histórico, ha podido subyugar y someter á un pueblo durante un lapso de tiempo, en estos casos siempre demasiado largo, atándolo bajo la sombra de su propia ignominia valido tan sólo de sus lacayos y de sus perros de presa! Es triste pero es verdad! Digamos la verdad aunque nos queme los lábios y de nuestra tristeza saquemos la energía fecundadora de rebeliones y de iras que en llegar tardan para la dignificación de nuestras conciencias de hombres y de luchadores.

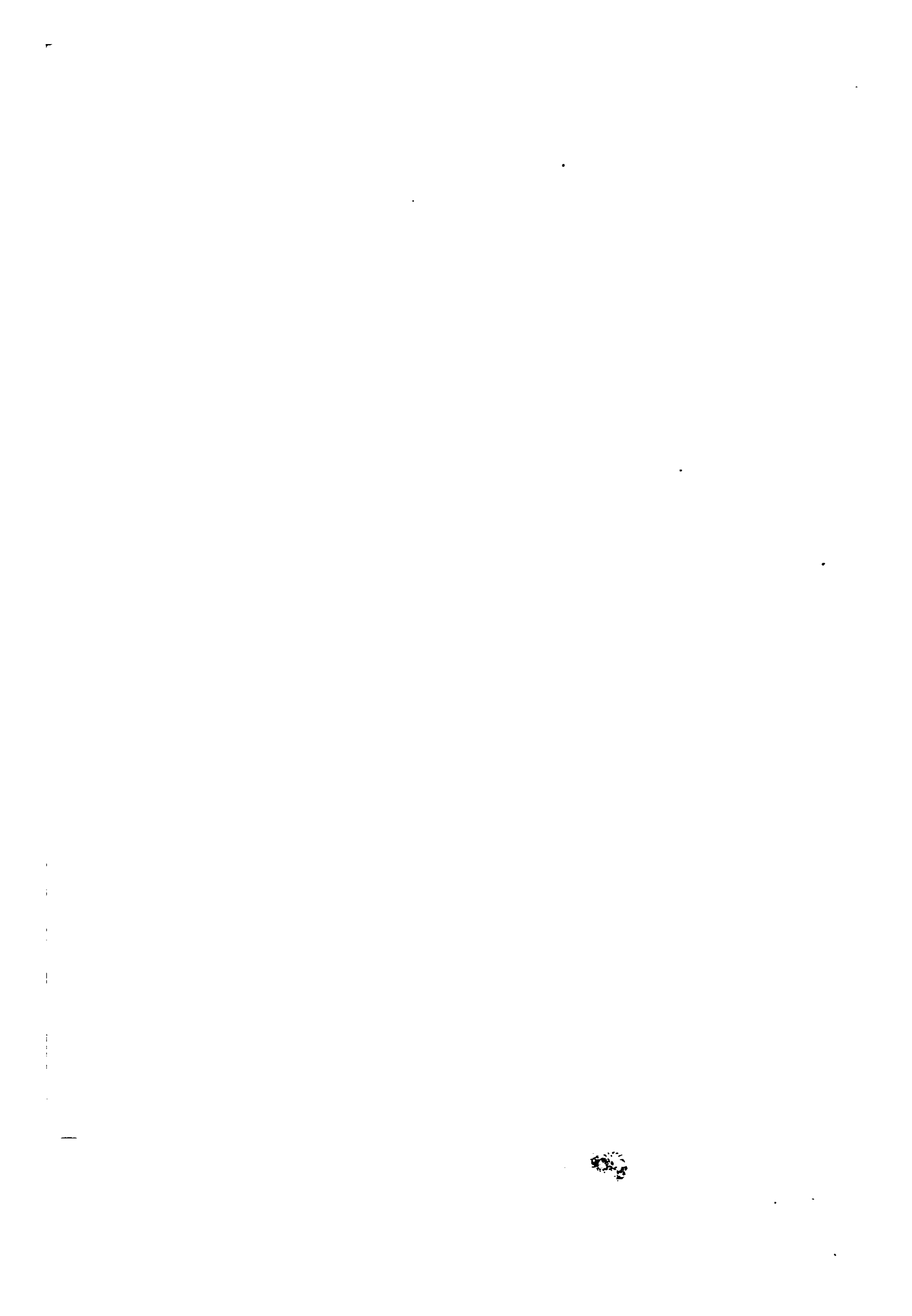
Tres meses pasados bajo una ley marcial, capa de plomo cuyo peso aún sienten los cerebros; tres meses de tiranía desembozada y canallesca en que los titulados defensores de códigos y reglamentos no han dejado de hollar ninguno, violando todo lo violable, el hogar, la propiedad, el individuo; tres meses de estado de sitio ó sea de barbarie, represión y salvajismo en que el obrero, el productor verdadero de riqueza social ha corrido, frente á las autoridades, la misma terrible

suerte del adversario político levantado en armas contra eso que se llama gobierno legal y que no es sino el producto del fraude, la coacción, el engaño, la avilantéz y el desenfado, bastan y sobran para dejarnos una saludable experiencia: la de que es inútil contar para el respeto á la integridad individual, con otra cosa que no sea, el propio poder, la propia conciencia, el puño propio!

A los que tenemos la convicción de haber procedido como buenos en la pasada emergencia quédanos el consuelo de que esta experiencia será al fin aprovechada.

Por decoro común, en nombre de una misma necesidad, de una misma armonía, rechacemos el mal de uno que es el mal de todos, tengamos el valor de mirar, cara á cara, á la iniquidad que hoy pretende entronizarse y resolvamos adoptar la actitud salvadora que ha de dar en tierra con estos infamantes privilegios, con estas dominaciones personales, defendiendo la libertad como á la vida misma,—ya que por la libertad se va á la vida! »

FIN



ÍNDICE